

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

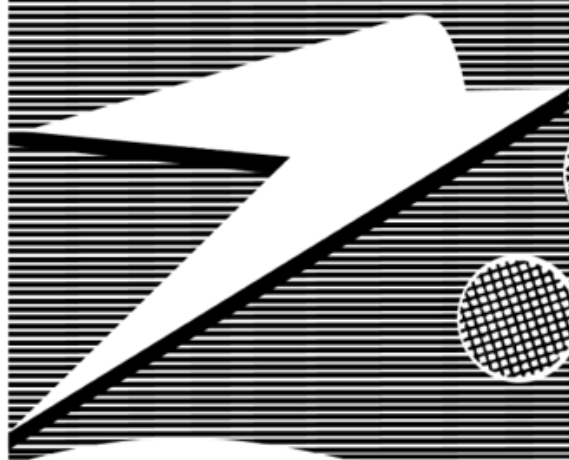
MURIO MIL VECES

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CURTIS GARLAND

**MURIO MIL
VECES**

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
180**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 44.586 – 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: ENERO, 1974

© **Curtis Garland - 1974**

texto

© **Alberto Pujolar - 1974**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

175 — Hombres-L - *Glenn Parrish*.

176 — El planeta de los árboles vivientes - *J. Chandley*.

177 — Las espadas del cosmos - *Curtis Garland*.

178 — La nueva raza - *Marcus Sidereo*.

179 — El cerebro - *Silver Kane*.

El hombre es inmortal. Sólo sus múltiples encarnaciones históricas mueren...

Los hombres individuales, son más importantes que las naciones. El verdadero saldo de toda guerra no es más que el inútil, el absurdo ejercicio de la crueldad.

Oscar Masotta.

PRIMERA PARTE

CARNIVAL

CAPITULO PRIMERO

Encontraron el cadáver en el río.

Fue en un punto del río particularmente desierto a aquellas horas de la noche. Y con mayor motivo, en aquella época del año.

Febrero unía a la humedad natural del ambiente londinense, en especial en las zonas ribereñas del Támesis, las bajas temperaturas de aquel invierno particularmente crudo. Y la densa niebla, tradicional en toda noche invernal británica, hacía el resto.

Chelsea es un distrito populoso de Londres, pero también durante la noche es una zona tranquila, poco frecuentada y a veces peligrosa para los viandantes solitarios. En particular, aquel sector, entre Battersea y los accesos a King's Road, donde el silencio y la soledad eran casi absolutos, con la excepción de las sirenas de los remolcadores, sucias sombras en la niebla turbia de los *piers* y embarcaderos de carga y descarga.

En Chelsea encontraron el cadáver.

Justamente entre Battersea Bridge y Milmans Street, en Cheyne Walk. Un punto singularmente oscuro, solitario y hasta tétrico. Quizá porque las luces borrosas que se vislumbraban cuando la niebla cedía un poco en su espesor, eran las del cercano edificio de Saint Stephen's Hospital. Y no muy lejos de allí, la niebla envolvía, como en un viscoso sudario gris, los cipreses y panteones de Brompton Cemetery.

Pero el grupo de personas que encontró el cadáver, no tenían en sí nada de tétrico ni de triste. Iban cantando canciones picantes, con voces roncadas y desafinadas, y su aliento despedía un fuerte aroma a whisky.

Su atuendo hubiera resultado extraño a cualquiera. Precisamente por su variedad en todos los aspectos. Incluso en moda o época. El único factor común a todos ellos, eran las botellas de licor que portaban. Y el notable grado de embriaguez colectiva.

Se detuvieron, sorprendidos, al ver el cuerpo tendido junto a la orilla, sobre el húmedo asfalto.

—¡Eh, diablos! —farfulló imo de ellos—. Mirad. Ese tipo debe estar borracho o malherido.

—Tal vez es un suicida, y al final se arrepintió —dijo otro, soltando una risita estúpida.

—No seas imbécil —eructó un tercero—. Puede estar enfermo. Veamos lo que le pasa.

—Tened cuidado. Esta zona no es muy recomendable.

A lo mejor se trata de una estratagema para sorprender incautos y desvalijarles —recomendó otro.

—Aunque fuese así, poco éxito podrían tener —refunfuñó el que hablara primero—. Somos un grupo bastante nutrido. Haría falta mucha gente para desvalijar impunemente a media docena de hombres y a tres mujeres tan aguerridas como el que más. ¿No es cierto, chicas?

Las muchachas rieron. Una vestía como María Estuardo, otra como lady Hamilton, y la tercera como Julieta Capuleto en Verona. El contraste de ropas, estilos y épocas llegaba al paroxismo al relacionarlo con las ropas de ellos. Desde el siniestro verdugo encapuchado de negro de la Torre de Londres en tiempos de Ricardo III, hasta Dick Turpin, el generoso salteador de caminos de antifaz negro y roja casaca, pasando por el largo macferlán negro y el sombrero de chimenea de «Jack, al Destripador» o por el corto tonelete de Enrique V, aquel grupo era un verdadero compendio de personajes históricos perfectamente caracterizados y vestidos.

El extraño grupo se aproximó al caído. Rodearon la figura oscura, tendida en la humedad charolada del asfalto. Una luz callejera difuminaba claridad lívida, entre la niebla, silueteando al hombre tendido.

Se miraron todos entre sí, sorprendidos. Uno meneó la cabeza, con pesimismo.

—Creo que está muerto —dijo.

Fue como pronunciar un epitafio. Súbitamente, toda la alegría huyó de ellos. Se miraron consternados, otra vez, sin comentar nada. Uno de ellos, el temible verdugo de la Torre de Londres, se inclinó. Volvió al caído, depositándolo boca arriba. Le tocó la yugular, luego el pulso, y finalmente le auscultó.

—Sí —dijo gravemente—. Está muerto.

Hubo otro silencio, tan denso y agobiante como la propia niebla invernal, que calaba hasta los huesos y humedecía las extrañas

prendas de los noctámbulos. Ya no se oía una risa ni una canción.

—Vaya una sorpresa —comentó una de las mujeres—. Esto nos estropeará la noche, seguro.

—¿Qué pudo ocurrirle? —preguntó «Dick Turpin», quitándose el antifaz y echando un poco atrás, sobre su peluca, el tricornio emplumado—. ¿Algún golpe, un accidente...?

—No sé. No tiene signos de violencia —se encogió de hombros el «verdugo», incorporándose con un suspiro—. Supongo que habrá que avisar a la policía.

—¿Os habéis fijado? —habló otra de las muchachas—. También estaba celebrando el Carnaval...

—Sí —convino el que le examinara—. Va disfrazado como nosotros.

Y examinó el cuerpo del hombre, su negra levita, sus guantes de igual tono, su camisa de seda rizada, la corbata negra, de plastrón, con una perla como alfiler, el Largo cabello, las patillas a la moda de cien años atrás...

—¡Cielos, qué pálido! —musitó—. Es el muerto más lívido que vi jamás.

—Era guapo —comentó frívolamente una de las chicas, estremeciéndose luego al contemplar sus afiladas facciones, intensamente pálidas y tranquilas en su reposo eterno—. Tal vez le falló el corazón. Es el mal de nuestra época, Dermis.

—Seguro —convino el aludido—. Pero insisto; hay que avisar a la policía.

Un leve roce de pisadas en la niebla atrajo su atención; todos se volvieron hacia el espeso telón de bruma que, desgajándose de repente, como una cortina de gasa en la escena para dar paso a otro personaje de la farsa, vomitó ante ellos a un nuevo noctámbulo.

Una de las mujeres lanzó un grito ronco de terror, y se aferró a la compañera que tenía más próxima. Los hombres, agrupados en torno al cadáver, se encogieron también, con una repentina sensación de sobrecogimiento.

—No se asusten —dijo una voz suave, profunda, dominante—. Estamos en Carnaval, señores.

—Cierto —tragó saliva el llamado Dennis, el que vestía como el famoso bandolero de la casaca roja—. Pero verle aparecer así, caballero... El disfraz es tan perfecto, que nos ha impresionado a todos un poco, la verdad.

—Son muy amables —el recién llegado se movió suavemente, con felina elasticidad, flotando en torno suyo su túnica o hábito negro, de amplios pliegues. Las manos enguantadas, mostraban fosforescentes formas de huesos de esqueleto, dibujando sus dedos y palma. El rostro, bajo la caperuza negra, puntiaguda, de monje tétrico, era una perfecta, estremecedora calavera.

Inclinándose sobre el caído, indagó con aquella grave voz suya:

—¿Está... muerto?

—Sí, lo está —asintió Dennis—. Vamos a llamar a la policía. Ha debido sufrir un colapso, porque no se aprecian huellas de violencia.

—Sin duda —afirmó el siniestro disfrazado, con frialdad. Se irguió. Era sorprendentemente alto, incluso envuelto en aquel hábito amplio. La máscara de calavera resultaba tan perfecta, que de no haber sido porque al hablar se notaba, bajo el tejido de la misma, el movimiento de sus músculos faciales, así como el brillo de sus ojos en las negras cuencas, cualquiera hubiese creído que, realmente, el desconocido poseía aquella faz increíble como propia. Expuso con calma—: Bien, les acompañaré. Hay aquí cerca un agente de servicio, deambulando junto al puente, en Beaufort Street. Si quieren, puedo quedarme guardando el cadáver, ya que me parecen ustedes algo impresionables —rió entre dientes para terminar.

Las muchachas se miraron entre sí, como agradeciendo aquel generoso ofrecimiento. Pero el llamado Dennis meneó la cabeza con energía.

—No, gracias —dijo—. No tiene usted por qué cargar con toda la responsabilidad. Yo mismo me quedaré con usted, esperando a que los demás avisen al agente de servicio, caballero. Y confío en que, después de este incidente, la noche de Carnaval pueda continuar igual que antes. Nos están esperando en casa de unos amigos para bailar hasta el nuevo día, y esto puede arruinar nuestra alegría por completo.

El caballero vestido de calavera asintió con su cabeza blanca, descarnada, como un auténtico espectro. Las muchachas, pese a todo, le miraban aprensivamente, muy agrupadas entre sí. La presencia del desconocido, con su porte y su indumento, resultaba impresionante, incluso en una noche de Carnaval.

—Seguramente en un par de horas, todo esto se habrá olvidado —miró el esquelético caballero de la Muerte hacia el difunto real que yacía a sus pies, pensativo—. Supongo que ni siquiera le conocen...

—¿Nosotros? Es la primera vez que le vemos y...

Se detuvo Dennis. En ese momento, una luz blanca barrió la escena, iluminándoles de modo crudo, fantasmal. A la claridad de los faros del coche que surgía de Milmans a considerable velocidad, y que frenó al ver la escena, ésta tuvo caracteres dantescos, como un extraño aguafuerte de figuras fantásticas, agrupadas por un pintor demencial.

El automóvil, un «Morris» de pequeño modelo, terminó deteniéndose ante todos ellos. Los faros del coche jugueteaban en luces y sombras con la niebla, las máscaras carnavalescas y el muerto. Todo ello con tintes de verdadero aquelarre, ante el fondo turbio y negro del río.

—¿Qué sucede? —indagó una voz alterada. Se abrió la portezuela del coche, y disminuyó la potencia de los faros, aunque dando claridad suficiente a la escena, sin deslumbrar a sus sorprendentes personajes—. ¿Están celebrando algo en semejante sitio, amigos?

—Celebrábamos el Carnaval, señor —respondió uno de ellos, con cierta sequedad—. Pero se nos han ido las de celebrar nada. Acabamos de encontrar un cadáver.

—¿Un cadáver? —Un hombre alto, joven, de rápidos movimientos, se aproximó a ellos desde el «Morris» color rojo oscuro—. ¡Cielos! ¿Qué ha sido lo que pasó? ¿Algún accidente, un suicidio? ,

—No lo sabemos aún. Vamos a llamar a la policía. — ¿Puedo ayudarles en algo? —indagó el recién llegado mirando al difunto con curiosidad.

—Creo que no. Somos suficientes para hacer lo poco se puede hacer en este caso, creo yo. Pero naturalmente le agradecemos su ofrecimiento. Si tiene prisa, puede continuar.

—¿Prisa? —El conductor del «Morris» se encogió de hombros. Giró hacia Dennis un rostro anguloso, enérgico de ojos castaños como su cabello. Levemente pálido, serio, como reflexivo—. Creo que es lo único que no tengo; prisa por hacer nada, por ir a ninguna parte... Vengo de Saint Stephen's Hospital. He dejado allí a mi prometida. Sufre un mal incurable. Según los médicos más optimistas, vivirá aún cosa de un mes...

—¡Dios mío! —Una de las muchachas allí reunidas inclinó la cabeza—. Lo siento, señor...

—Gracias. Ya comprenderán mi estado de ánimo —siguió mirando el cadáver tendido cerca de las aguas oscuras del Támesis—. Iba sin rumbo fijo cuando les he encontrado. Ya que ha sido así, déjenme ayudarles, Yo iré a avisar al agente más próximo, si lo desean. Sí puedo llevar a alguien para que no permanezca aquí más tiempo. Las damas por ejemplo...

—Sí, ésa es una buena idea, señor...

—Bridell. Carter Bridell, amigos. Bien, suban. ¿Se quedan ustedes seis aquí? Pasaré a recogerlos luego, si lo prefieren.

—No hace falta, gracias. Iremos al puente en cuanto llegue algún policía aquí. Pero no somos seis, señor Bridell, sino siete. Ese otro caballero que llegó antes... —se volvió, buscando al alto encapuchado del rostro de calavera—. ¿Eh? ¿Dónde está?

—¿Dónde está... quién? —se interesó el joven ocupante del «Morris», arrugando el ceño y buscando en vano en la niebla, a espaldas del grupo de máscaras. Sólo descubrió el bulto rígido del suelo, el cadáver del hombre vestido de oscuro.

—El esqueleto... —dijo Dennis, perplejo—. Bueno, quiero decir el hombre que iba disfrazado de esqueleto... con un hábito de negro, de monje... Estaba hablando con nosotros, se ofreció a ayudarnos.

—Es cierto —añadió otro del grupo, con inquietud. Buscó sin resultado—. Es... Es como si se lo hubiera tragado la noche.

—Debió marcharse —dijo Bridell, encogiéndose de hombros—. La niebla le hace desaparecer pronto a uno.

—Sin duda. —Dennis se frotó los cabellos, pensativo—. ¡Cielos, qué extraño!

—Parecía la Muerte —habló con voz temblorosa una de las chicas—. Nos asustó a todas cuando apareció. Y ahora... se ha evaporado. Como si realmente no fuese de este mundo...

Se quedaron en silencio los nueve miembros del que fuera alegre grupo carnavalesco, Bridell les estudió pensativo. Pareció captar algo raro e inquietante en ambiente. Movi6 la cabeza, sin descubrir en los vapores densos de la bruma la menor huella del fantástico personaje que citaban.

—¡Es Carnaval —les recordó, tratando de mostrara trivial—. Una máscara y un disfraz no significan nada, ustedes lo saben. Ese tipo, sin duda, lo pensó mejor y no quiso buscarse molestias. Bien, vamos allá. Avisaré a la policía.

Las tres muchachas se apresuraron a subir al coche, con él. Bridell condujo por Cheyne Walk, en busca del *policeman* de servicio junto a Battersea Bridge.

Los seis hombres disfrazados se quedaron junto al muerto, esperando.

* * *

—Muerte natural, sin duda alguna —confirmó el forense, incorporándose con un suspiro, y dejando caer de nuevo la tela impermeabilizada que protegía al cadáver de la llovizna tenue, pegajosa, que ahora parecía flotar en la neblina, en vez de caer sobre las personas y el asfalto, convirtiendo éste en un negro charol resbaladizo—. Creo que de colapso, aunque habrá que esperar la autopsia para estar seguros. Ya pueden llevarlo.

El *policeman* asintió, haciendo un gesto a los enfermeros. Acercaron la camilla para cargar al difunto en la ambulancia, con destino al depósito de cadáveres. Carter Bridell, en pie junto a los policías uniformados, contempló todas esas diligencias, con aire pensativo.

—Un mal trance en una noche de Carnaval —comentó el *policeman*, ajustándose el charolado barbuquejo en su e rollizo mentón—. Hay quien ni siquiera es oportuno en el momento de morirse.

—Sí, es cierto —admitió Carter Bridell, reflexivo—. Uno no acostumbra a elegir su momento adecuado para Irse de este mundo.

Paseó sobre el asfalto brillante, negro, resbaladizo. En el río sonó quejumbrosa una ronca sirena de algún remolcador. Más allá de la niebla, todo era un mundo de sombras, de siluetas difusas, de confusión y de incertidumbre en la madrugada fría, húmeda, salpicada de finas gotas de llovizna.

Las botas de los *policeman*, con sus oscuros uniformes empapados por la humedad ambiental, resonaban huecas en el pavimento. Eran siluetas severas, poniendo una nota de seriedad y confianza en el ambiente.

—¿Dónde están los demás que encontraron el cuerpo? indagó uno de los agentes de Scotland Yard, con curiosa cortesía, acercándose a Bridell.

—Oh, supongo que por allá., —señaló Carter un punto indeterminado, en la niebla espesa que les rodeaba.

—¿Dónde, señor? —insistió, cortés, pero seco, el *policeman*.

—Bueno, imagino que en... en alguna parte junto al puente. Eran nueve. Seis hombres y tres mujeres. Dicen que hubo otro, uno disfrazado como la Muerte. Pero se fue.

—La Muerte... —el policía, de rostro ancho, rollizo y amable, se paró ante él—. Un disfraz poco agradable, ¿no, cree?

—Supongo que sí. Yo no llegué a verle.

—¿Los demás se quedaron con usted?

—Sí, todos. He llevado primero a las damas hasta el lugar donde avisé a su compañero. El pudo verlas, imagino, aunque se quedaron junto a mi coche. Luego, al volver, los otros insistieron en reunirse con las chicas para tranquilizarlas, esperándonos allí.

—Bien. Entonces, vamos al puente. Será necesario su testimonio legal. Ya sabe usted, señor. En estos casos, conviene esclarecer las circunstancias del hallazgo.

—Por supuesto. Creo que no habrá dificultad en reunimos con ellos. Yo le llevaré.

—Sí, se lo ruego, señor.

—Bridell. Carter Bridell.

—Oh, sí, señor Bridell. Ahora recuerdo —el policía asintió—. Mi compañero me dio su nombre. Dijo que trabaja usted cerca de esta zona.

—Exactamente en el Museo de Drayton Gardens, a espaldas de The Boltons Church. Es un Centro de investigación y exhibición científica de viejos documentos, objetos históricos y cosas así. El Museo Histórico Cromwell, exactamente. Pero no por Cromwell (1[1]), sino por el honorable sir Arthur Cromwell, su propietario y director.

—Ya —sonrió el policía—. No tiene que explicarme nada de eso, señor. Sólo le ruego que me lleve hasta los que encontraron primero el

cuerpo. Simple rutina policial, ya comprende.

—Sí, ya comprendo —afirmó Carter.

Y emprendieron la marcha hacia el cercano puente de Battersea.

Allí les esperaba una gran sorpresa. Cuando menos, a Carter Bridell, que miró con perplejidad en torno.

—No hay nadie —dijo el policía, seco.

—No, ya veo—miró en derredor, pensativo—. Acaso se metieron en alguna cantina, en un *pub*, huyendo de la humedad y la lluvia...

—No hay *pubs* ni cantinas por aquí. Ni siquiera clubs nocturnos —rechazó el *policeman*, con suspicacia. Volvió a mirar en torno—. De nueve personas, ni una sola se muestra a la vista.

—No pueden haber ido muy lejos —rechazó Carter, con aspereza.

—Veremos —el policía elevó el tono—. ¡Eh, ustedes! ¡Los que encontraron el cadáver! ¡Ustedes, los disfrazados del Carnaval! ¡Vengan, en seguida!

Y emitió tres silbidos agudos con su silbato reglamentario.

Transcurrió un minuto largo. Incluso dos. El silencio fue todo lo que llegó a ellos, en la densa niebla. Silencio y rumor de agua en el Támesis, cuando las embarcaciones transitaban en la madrugada, arriba y abajo.

Los dos hombres cambiaron una mirada vacilante. El policía se encogió de hombros.

—No lo entiendo —masculló Bridell—. Tenían que estar aquí ellos...

—Lo sé. Usted creía eso. Yo también. Pero entiendo a esa gente. Habían bebido, estaban eufóricos, y se vieron desagradablemente sorprendidos por el hallazgo. Primero reaccionaron como ciudadanos conscientes. Luego reflexionaron en frío sobre el asunto, y quisieron eludir todo compromiso. Acaso las jóvenes y ellos... Bueno, quiero decir que quizá alguno estaba comprometido, y no le interesaba que su nombre se airease. Ya sabe usted, señor Bridell; es Carnaval. Eso significa algo más que disfrazarse y acudir a una fiesta, más o menos bebido. Lo siento, pero deberá usted acompañarnos.

—¿Yo? —Carter hizo un gesto escéptico—. Si es sólo por eso, lo

haré encantado. No tengo nada que ocultar, agente.

—Ya lo supongo. Es para firmar su declaración sobre el incidente, y nada más. Supongo que le desagrada la, digamos «traición» de los otros compañeros de hallazgo, pero así es a veces la gente. Hoy día no se puede pedir demasiado civismo a nadie. Por favor, vamos ya. Le entretendremos lo menos posible, palabra.

—Muy amable —suspiró Carter. Recordó algo—. Tendré que ponerle gasolina a mi coche. No anda suficientemente cargado de combustible para ir muy lejos.

—No necesita hacerlo, si no lo desea. Será mejor que le llevemos nosotros. Yo iré en la ambulancia con el difunto. Si no le importa, iremos juntos hasta el Depósito. Luego, nos encaminaremos a Scotland Yard, una vez depositado el cadáver. Claro que si todo esto le resulta poco grato, puede usted...

—No, no. No soy impresionable en absoluto. Haré lo que usted dice. Vamos ya.

Los dos hombres se encaminaron a la ambulancia, antes de que ésta cerrase sus puertas. Subieron dentro del vehículo, que se cerró luego. Dentro de la larga cabina blanca, fría y aséptica como un frigorífico o como un recinto de la *Morgue*, se acomodaron en un rígido asiento metálico, frente por frente al lugar donde la camilla, tapada completamente, portaba el cadáver del desconocido.

El vehículo sanitario arrancó, con un lastimero ulular que se perdía en la noche de niebla y llovizna.

El agente miró de soslayo a Carter. Este observó que incluso la rubicunda, ancha faz de su compañero, se mostraba pálida, descolorida, en el ambiente de azulada, lívida claridad, del coche ambulancia.

—Todo esto debe ser muy irritante para usted, señor - Bridell —observó el policía—. Le noto contrariado.

—No es por esto, agente —rechazó el joven—. Pensaba en otra cosa. En mi prometida.

—Oh, entiendo. Es noche de Carnaval. ¿Le espera ella en alguna fiesta?

—¿Fiesta? —Bridell puso un amargo gesto—. No, no está para esas cosas precisamente. Mi... mi prometida... espera morir.

—¿Qué? —le miró, boquiabierto, el *policeman*.

—Morir, agente. Es lo único que puede esperar ella ya.

Tiene como máximo un mes de vida, un tumor incurable. Algo muy de hoy. Como los ataques cardíacos y los colapsos, semejantes al sufrido por ese pobre hombre —señaló a la camilla.

—Bueno, yo... De veras lamento esto. Debió decírmelo, señor. Puede bajarse e ir, si lo desea a...

—No, agente, gracias —rechazó suavemente él—. Ya venia del hospital cuando sucedió lo del hallazgo junto al río... No importa nada ahora. Iré con usted a dejar este asunto resuelto, no se preocupe...

La ambulancia recorría Londres con rapidez. Pero dentro del vehículo, desprovisto de ventanillas al exterior, en su blanco hermetismo, sólo se advertía la trepidación, el leve bamboleo de sus cuerpos, como indicio de la velocidad en su rodar.

Y las vibraciones del cuerpo tendido, oculto por la blanca sábana sanitaria. Como si aún quedara algo de vida dentro de aquella forma rígida. Como si un imposible pàlpito vital recorriese el cadáver, manifestándose en aquel trepidar constante del blanco bulto extendido ante ellos.

El *policeman* se rascó la barbilla, mirando incómodo el cuerpo que escoltaban camino del Depósito. Cambió una mirada con Bridell, que estaba sumido en sus pensamientos, posiblemente nada optimistas, en semejante situación, y con su novia muriendo lentamente, extinguiéndose en un hospital, sin que la Medicina pudiese hacer nada por ella.

Los ojos de Bridell eran grises y profundos. Se perdían en nebulosas, en un punto indefinido de la quieta atmósfera aséptica, desinfectada, del interior de la amplia ambulancia.

El rodar les iba aproximando, insensiblemente, a su punto de destino: el depósito de cadáveres de Londres, donde la autopsia reglamentaria revelaría las auténticas causas de la muerte de aquel desconocido, sobre el cual nada sabían aún.

Carter Bridell pareció caer en la cuenta de algo. Con un leve sobresalto, se volvió al *policeman*.

—¿Quién era él, por fin?

Ahora, el sobresaltado fue el *bobby* (1[2]). Se irguió, Airándole

perplejo. Inquirió:

—¿Quién era? ¿Quién, señor?

—El muerto, naturalmente —señaló con un ademán de cabeza a la forma rígida.

—¡Oh, claro...! —hizo un gesto de ambigüedad—. Lo cierto es que no lo sé, señor.

—¿No llevaba documentos encima?

—Ni uno solo.

—Es raro...

—Tal vez los perdió. O le desvalijaron. Se tendrá que Investigar. Hay rufianes que, en vez de asistir a un hombre enfermo o agonizante, le despojan de cuanto lleva encima.

—Sí, entiendo. Quizá al disfrazarse, dejó sus cosas en otras ropas.

—Quizá, señor. Lo cierto es que es un buen disfraz. Quiero decir que no es de esas ropas apolilladas, de vieja sastrería teatral, que huelen a naftalina y a humedad. Prendas nuevas, perfectamente cortadas, de buen género, de excelente calidad y estilo. Debió hacerse el traje a medida.

—Algún capricho. Debía ser hombre rico.

—Viste como tal. La perla de su corbata es auténtica, no cultivada ni nada de eso. Me gusta fijarme en esos detalles, señor. Hasta los botines que calza son los apropiados de la época de su ropaje. Es decir, sobre 1850, aproximadamente.

—Tal vez esos detalles sirvan para identificarle —señaló pensativo, Bridell.

—Tal vez —el policía se encogió de hombros, como si no estuviera demasiado seguro de eso.

Carter Bridell miró su reloj, en el silencio que se hizo nuevamente dentro de la ambulancia. La lívida luz blancuzca del vehículo reveló la posición de las agujas de su reloj.

Sacudió la cabeza, sorprendido, y se llevó el reloj al oído, agitando levemente la muñeca.

—Ha debido pararse —dijo, frunciendo el ceño—. Pero ahora

anda otra vez. Tiene las doce en punto. Y al menos serán ya las cuatro de la madrugada.

El *policeman* sonrió, distraído, dirigiendo una ojeada a su reloj. Enarcó las cejas, revelando extrañeza. Miró a su compañero de viaje.

—Es curioso —dijo—. Yo también tengo las doce.

Y examinó su reloj con evidente desconcierto. Lo escuchó, intrigado. En el silencio de la cabina, Bridell pudo captar el leve tictac de su reloj y del que llevaba el policía.

Todavía había un tercer tictac más sordo en el coche. Lo buscó, sorprendido. Luego, creyó entender. Contempló el cadáver tapado.

—¿Lleva reloj, agente? —indagó.

El policía asintió pensativo, sin quitar sus ojos de su propio reloj.

—De bolsillo, a la usanza de la época cuyas ropas lleva —afirmó. Y todavía disgustado con su propio reloj, añadió malhumorado—: Nunca me había ocurrido nada así. Es un excelente reloj, créame.

—También lo es el mío —sonrió Bridell—. Ya veremos lo que les pasó a ambos.

—De momento, creo que no es ninguna falta al reglamento comprobar la hora —señaló con un resoplido el *policeman*.

Y se inclinó, levantando un poco la sábana que cubría el cuerpo.

Carter Bridell le vio hurgar sobriamente en la levita hasta alcanzar el chaleco floreado. Extrajo un bello ejemplar de reloj de bolsillo, en oro labrado, con cadena de igual metal.

Bridell frunció el ceño, mientras el policía presionaba abriendo la tapa dorada del espléndido ejemplar.

—No debieron desvalijarle —comenté—. El alfiler con la perla... y ese reloj... Ningún rufián lo pasaría por alto.

El *bobby* lanzó una imprecación. No parecía escuchar su comentario. Atónito, se volvió a él, mostrándole la delicada esfera, de cifras romanas y grabado blanco y azul, con arabescos de artesano.

—¡Mire esto! —jadeó—. ¡Su reloj también señala las doce en punto!

En aquel momento sucedió.

Hubo un largo chirrido, un patinazo, un estruendo formidable allá afuera, y ellos cayeron el uno contra el otro, se bamboleó violentamente todo, el cadáver rodó fuera de la camilla, girando entre los pliegues de la revuelta sábana.

Y Carter Bridell recibió un violento golpe contra los hierros esmaltados de blanco del interior de la amplia ambulancia, mientras un estrépito de vidrios y un impacto formidable parecía abatir al vehículo violentamente, entre brutales volteretas...

CAPITULO II

Había dejado de lloviznar.

Pero hacía frío. Mucho frío. Alrededor, el paraje aparecía silencioso y oscuro, con solo lejanos reflejos de luces callejeras lechosas, perdidas en la niebla.

Gimió, tratando de incorporarse. Notó sus ropas húmedas, su cabello revuelto. Y le dolió al tocarse la frente. Retiró la mano mojada de algo viscoso y oscuro que no pudo identificar.

Bridell logró ponerse de rodillas y apoyarse en alguna parte. Un muro de piedra, rematado en una alta verja. No conocía el lugar. Aquello no parecía ser, precisamente, el centro de Londres, sino un desolado suburbio de la capital. Algo más lejos aparecía, inmóvil, volcada contra un muro gris, la ambulancia con los vidrios pulverizados, las portezuelas abiertas.

Miró en derredor, procurando salir de su aturdimiento y olvidar los dolores de su cuerpo. No descubrió nada que le fuese familiar. El paraje le resultó perfectamente desconocido, pese a que creía conocer a fondo la gran urbe. La soledad, silencio y falta de luces en derredor adquirían caracteres de pesadilla.

Pero él estaba despierto. Y bien despierto. Sobre su piel corría la humedad, el sudor frío. Sentía estremecimientos, y todas sus ropas

aparecían sucias de barro y de algo más, oscuro e indefinido. Algo que podía ser sangre.

Logró incorporarse del todo, y caminar aferrado a la verja metálica. Sintió un leve mareo, pero eso fue todo. Pudo moverse con cierta seguridad, al menos hasta llegar a la ambulancia, en la que buscó, preocupado.

El conductor de la ambulancia estaba muerto, aplastado entre el volante y el asiento, con el rostro crispado. La sangre dibujaba en él feos trazos violentos, y cubría casi totalmente sus desorbitados ojos.

Carter Bridell encontró al *policeman* tendido junto a la ambulancia, sobre el bordillo de la acera. Se inclinó alarmado. Tenía sangre y estaba inconsciente, pero no muerto.

Luego, los ojos de Carter buscaron en los alrededores del vehículo volcado. Y en su interior. No encontró lo que buscaba. Desorientado, dio una vuelta completa en torno a la ambulancia, contempló el charco de aceite y gasolina, bajo sus ruedas al aire. Siguió en la búsqueda de aquello que faltaba inexplicablemente de allí.

—¿Me busca a mí, señor Bridell? —preguntó la voz a su espalda.

* * *

Carter se volvió, con un gemido de sobresalto, sintiendo que se le erizaban los cabellos de la nuca.

Naturalmente, alguien sobrevivía. Alguien que no era el policía ni el conductor. Posiblemente un compañero del conductor. Porque la persona a quien él había estado buscando con insistencia no podía hablar, no podía preguntarle aquello.

Cuando se volvió, el horror sacudió su cuerpo. Y supo angustiado, que sí podía hacer semejante pregunta.

Estaba allí.

Allí, frente a él. Erguido, con la niebla al fondo, Rígido, pero sin resultar impresionante ni aterrador... salvo por su indumentaria. Y su estatura, su porte todo, que era el mismo que él recordaba cuando... cuando lo vio muerto.

Era el «difunto», sin duda alguna.

Alto, esbelto, elegante. Impecable en sus ropas de 1850, bien

cortadas y de excelente paño, como dijera policía. Con su perla brillando suavemente en el plastrón negro, con la cadena de oro cruzando de bolsillo a bolsillo en su chaleco floreado, con sus leves puños de encaje en las bocamangas de la negra levita de terciopelo, con los botines a la moda de ciento veinte años atrás...

El largo cabello, las patillas rectas, el rostro anguloso y pálido, a contraluz, recibiendo simples reflejos lejanos de claridad lechosa, fantasmal.

Las manos delgadas, cuidadas, pálidas también... El brillo profundo de los ojos. Y su voz, su grave, profunda, extraña voz, preguntando de nuevo, con tono apacible:

—Diga, señor Bridell. ¿Me está buscando a mí, quizá?

El sudor frío se hizo más copioso. Carter sintió que el hombre erguido ante él, apacible y sereno. Tremendamente sereno. Un hombre que era imposible que estuviese erguido, vivo, hablando con normalidad.

Un hombre, que poco antes, estaba clínica y oficialmente muerto. Un hombre a quien él, otras personas, unos agentes de policía, incluso un médico forense, habían examinado sin lugar a dudas, determinando su muerte indiscutible.

—No... No puede ser... —jadeó—. Usted no...

—¿Yo no puedo hablarle? —pareció que el aparecido sonreía. Se movió hacia él, caminó sobre el negro asfalto mojado, con paso tranquilo, corto y normal. No tenía nada que pudiera identificarle como un espectro o un resucitado de relato terrorífico. Sencillamente, actuaba como si nunca hubiera muerto. Insistió, tranquilo—: ¿No puedo estar caminando ahora, preguntándole algo a usted? ¿Es eso lo que quiso decir?

—Sí, sí... —afirmó Bridell roncamente—. Eso es lo que quise decir. Usted... Usted estaba...

—¿Muerto? —Hubo un leve tono de burla en su voz, Luego movió la cabeza, asintiendo. Y dijo algo terrible, como si fuese lo más normal del mundo. Sin dramatismos ni aire alguno de ironía—: Cierto, señor Bridell. Le estaba. Yo estuve muerto.

El silencio era tan espeso como la niebla, allá en torno a ellos, enroscándose en las verjas de aquel oscuro parque ignorado en que se hallaban. Alrededor de ambos hombres, ni un sonido, ni un rastro de

vida humana. Como si estuvieran solos en un mundo muerto. Y eso sucedía en pleno Londres. En alguna parte de Londres.

—No, no puedo... no puedo creerle... —susurró Carter—. Tiene que haber algún error, algo que no está lo bastante claro. Nadie... Nadie resucita después de haber muerto, después de comprobarse su defunción. Ya no es época de catalepsias ni cosas así...

—¿Usted no cree que yo estuviese muerto entonces?

—No pudo estarlo. Además, conoce mi nombre. Usted escuchaba entonces, es obvio... Se fingió muerto. No sé cómo lo hizo, pero tuvo que ser así. Acaso alguna droga...

—No, señor Bridell. Ninguna droga. No fingía. Sé quién es usted porque, ciertamente, puedo saber cosas así con facilidad. Pero tiene mi palabra de que yo estaba muerto, cuando usted me vio por primera vez. Luego, debió suceder algo. Ese accidente, los relojes.

—¿Los relojes? —indagó Carter, trémulo—. Se detuvieron...

—En las doce, supongo —dijo débilmente su interlocutor.

—Sí —le miró, tratando de escudriñar su expresión—. En las doce. ¿Por qué lo sabe?

Con parsimonia, extrajo su reloj de oro. Abrió la tapa. Lo examinó, girándolo luego hacia Bridell. La claridad lechosa iluminó la esfera, revelando la hora que marcaba.

—Vea —dijo, risueño—. Son ya las cuatro y veinte minutos de la madrugada. Supongo que su reloj tendrá la misma hora, sí no ha sufrido algún golpe en el accidente.

Carter Bridell, perplejo, indeciso, no pudo evitar una mirada a su propio reloj. El extraño tenía razón.

Eran las cuatro y veinte minutos, exactamente.

Disgustado, molesto consigo mismo, Bridell corrió adonde yacía el *policeman*. Seguía inconsciente. Su reloj de pulsera se había roto en el accidente. Se detuvo entonces, y no funcionaba.

Pero marcaba también las cuatro y algunos minutos, no las doce, como viera por última vez.

—No... No lo entiendo —se volvió, jadeante, hacia el aparecido—. ¿Qué es lo que está sucediendo aquí?

—Usted ha tenido la ocasión de vivir este trance, señor Bridell. No lo eligió. Ni yo tampoco. Es el azar. Le puso en mi camino. Eso significa que podría ayudarme.

—¿Ayudarle? ¿Yo a usted? —vaciló Carter, sacudiendo negativamente la cabeza—. Mal puedo hacer nada por alguien a quien no comprendo, y de quien ni siquiera sé si está vivo o muerto...

—Estuve muerto. Ahora vivo, señor Bridell. No es la primera vez que me sucede...

Le miró. Por un momento, Carter pensó que estaba en realidad ante un demente. Hablaba como tal, cuando menos. Pero el enigma de los relojes, de su muerte aparente, del accidente de aquella ambulancia, en un lugar tan alejado de su ruta normal hacia la *Morgue*... Todo le hacía ver algo raro e inquietante en los hechos de esa madrugada. Como si su interlocutor pudiera tener razón, como si le estuviese diciendo la verdad, y no una fantasía increíble.

Sin embargo, los muertos no vuelven a la vida. Ese era un hecho bien incontrovertible para Carter Bridell. Cuando aclarase ese punto del enigma con el desconocido, se sentiría quizá más tranquilo. Y entendería mejor lo que estaba sucediendo.

Por el momento, estaba su última, su increíble afirmación:

«No es la primera vez que me sucede...»

Se pasó una mano nerviosa, trémula, por el rostro mojado. Sintió el dolor de su herida en la frente. Trató de razonar lo irrazonable.

—No pretendo creer una sola palabra de cuanto me dice. Pero si puedo ayudarle, lo intentaré. No sé quién es, qué hace aquí, por qué se disfrazó para el Carnaval, por qué parecía muerto y no lo estaba... Pero creo que antes de ayudarle yo a usted, es ese pobre policía quien necesita ayuda. En cuanto al conductor, ya no necesita nada, a menos que pueda hacer como usted, y vuelva a la vida...

—No, señor Bridell —suspiró cansadamente el desconocido—. No se puede hacer nada por los muertos. Usted tiene razón en eso. Ese infortunado ha muerto, porque alguien provocó el accidente. La misma persona que desvió por estos lugares la ambulancia.

—¿Provocado? ¿Entonces es... es un asesinato? —se horrorizó Carter.

—Puede afirmarlo. Es un asesinato. Y quien lo ha cometido no sufrirá por ello remordimiento alguno de conciencia. Son ya muchos

los que lleva sobre sí. En cuanto al policía, está aún con vida, y puedo hacer algo por él; evitar que le suceda nada grave. Sencillamente, volverá en sí. Y se encontrará perfectamente bien.

Se había inclinado sobre el *policeman*. Puso sus manos sobre su cabeza y pecho, como si lo examinase. Cerró los ojos. Luego se levantó, con un suspiro.

—Ya está —dijo—. No tiene que preocuparse por él.

—¿Esa es toda la ayuda que puede prestarle?

—Créame que es la mejor que puede recibir. Ni sus heridas existen ya. Cuando vuelva en sí, su estado será normal. Yo puedo hacer esas cosas por la gente viva, no por los muertos. Sobre ellos, no tengo dominio alguno. Sólo sobre mí mismo. Sobre mi propia muerte.

Y tras palabras tan oscuras e inexplicables, caminó unos pasos, apartándose del lugar donde yacía el policía herido. Carter, rápido, corrió a inclinarse sobre el agente.

Su asombro no tuvo límites.

El desconocido tenía razón. Ni un rasguño, ni una huella de sangre, ni los hematomas anteriores en sus mejillas y nudillos... Estaba completamente ileso. Pero inconsciente.

—Es... ¡Es inexplicable! —masculló, levantándose, buscando con la mirada al hombre alto, vestido a la usanza de más de cien años antes, que caminaba ya hacia la niebla, hacia la distancia, alejándose de él pausadamente.

—Sígame, se lo ruego —murmuró con voz profunda—. Sígame, señor Bridell, si de verdad desea ayudarme.

—Me... Me gustaría ayudarle, si de veras pudiese hacerlo y usted lo necesitara —masculló Carter, perplejo—. Pero más bien creo que nuestra mutua situación es todo lo contrario.

—Es lo que usted cree... —se detuvo, mirándole un momento. Su rostro anguloso era un juego enérgico de sombras y luces, de líneas duras, trazadas como en granito—. La realidad es muy distinta a cuanto imagina. Por eso le ruego que me ayude. Usted es el único que puede hacerlo, ya que el destino le puso en mi camino. No le suplicaré nada. Sólo le hago una petición. Usted es muy dueño de aceptar o negarse. No tiene nada que temer de mí. Por el contrario, si estuviera en mi mano hacer algo en su favor, lo haría. Pero solamente puedo hacerlo por personas que aún vivan, sea cual sea su problema,

recuérdelo.

Carter se mordió el labio inferior, pensativo. Una idea confusa, alocada, cruzó su mente. La rechazó, angustiado. No quería pensar insensateces, hacerse falsas ilusiones, soñar con imposibles.

Era ridículo. Y era doloroso.

—No, no —musitó—. Usted no podría... Ni usted ni nadie. Mi caso no tiene remedio. Sería estúpido mencionarlo siquiera.

—Señor Bridell, los humanos somos egoístas por naturaleza —suspiró el presunto resucitado—. Nunca damos algo a cambio de nada. Esperamos que alguien nos dé una compensación. Yo ignoro su problema. Pero puedo asegurarle que, si usted me ayudase... yo le ayudaría. Y es posible que lo resolviera para siempre.

—Resolverlo —sacudió la cabeza, desesperado—. No, imposible. No puede hacer nada en eso, lo sé.

—No esté tan seguro. Señor Bridell, ¿por qué no me sigue y hablamos de todo eso? ¿Por qué no intenta tener fe, confiar en mí, aunque no sepa quién soy ni lo que me sucede? ¿Por qué no intentarlo, puesto que nada pierde con ello? Por favor...

Carter reflexionó un corto tiempo. Muy corto.

—Está bien —dijo, echando a andar—. Le sigo.

—Gracias, señor Bridell —habló su interlocutor—. No se arrepentirá, se lo aseguro.

Los dos hombres se movieron hacia la niebla.

Hacia lo desconocido...

CAPITULO III

Lo desconocido.

Era como verlo en las pupilas del hombre. En la profundidad de sus ojos insondables, que parecían próximos y a la vez lejanos, diáfanos y al mismo tiempo enigmáticos e indescifrables.

Se habían detenido en aquel lugar. Recóndito y sombrío lugar que, sin embargo, parecía del gusto de su acompañante.

Una luz, solamente una, redonda y difusa, procedente de un globo eléctrico perdido en la niebla y en la noche húmeda y gélida, flotaba sobre sus cabezas, trazando extrañas sombras en aquel paraje suburbano. Cerca de ellos, se oía el silbido de alguna locomotora Diesel. Y el aire tenía el olor peculiar a los apartaderos ferroviarios. «Quizá no estuvieran demasiado lejos de Westbourne Park», pensó Bridell. Pero no pudo comprobarlo.

—¿Y bien...? —preguntó a su interlocutor, parado ante él, justo bajo la farola única de aquella zona, junto a una alta tapia de ladrillo oscuro—, ¿Hemos llegado? —No. No íbamos a ninguna parte. Lo que quería es llevarle a otro sitio. Lejos de allí. Para cuando ellos lleguen.

—¿Ellos? —repitió Carter Bridell, intrigado.

—No tardarán en hacerlo. Saben dónde sucedió el vuelco de la ambulancia. Saben dónde encontrarme. Y si algo ansían en este mundo es precisamente esto; encontrarme.

—Si eso le preocupa, puedo llevarle a mi casa —se ofreció Bridell.

—¿Usted haría eso? —los ojos del desconocido se clavaron en él—. No me conoce de nada. Incluso debo resultarle... inquietante. Y sospechoso.

—Eso no me preocupa. No temo nada. Ni a nadie. No me preocupa el peligro, si he de serle sincero.

—¿Audaz... o temerario? Parecen la misma cosa, pero son diferentes.

—Ni una cosa ni otra. —Bridell se encogió de hombros—. Indiferente, si acaso.

—¿Qué le ocurre, para no temer nada? ¿Algo desesperado, señor Bridell?

—Sí —suspiró Carter—. Pero creí que veníamos a hablar de usted, no de mí.

—Hablemos de ambos. No soy tan egoísta como todo eso. ¿Qué le sucede exactamente, señor Bridell?

—A mí, nada. Es a mi prometida. Se muere.

—¿Enferma?

—Sí. Incurable. Un tumor. Puede vivir un mes. Con frecuentes dolores, que se harán más y más intensos. Es irremediable. La Ciencia nada puede hacer ya por ella.

Sólo aliviar su sufrimiento, prolongar algo su vida. Me pregunto si eso vale la pena. Pero lo están haciendo.

—¿En un hospital?

—En Saint Stephen's Hospital, en Chelsea. Cerca de donde... de donde usted...

—De donde yo aparecí muerto —sonrió tristemente el rostro alargado, anguloso, extraño y enigmático, del alto personaje—. Entiendo ahora. Usted la ama demasiado para conformarse. Daría algo por verla a salvo de su dolencia. Quizá, quizá, incluso su propia vida.

—Si supiera que eso es así, no dude que lo haría. A ciegas.

—Sacrificio, sin esperanza de compensación... —musitó entre dientes el desconocido—. Es auténtico amor, señor Bridell. Tiene que amar mucho a esa joven.

—Es desesperante ver cómo ella, con su belleza, su encanto, su inteligencia, su bondad y su ternura, se extingue lentamente, se escurre su vida entre mis dedos, como lo haría una anguila en las aguas... ¡Y no puedo aferrarla, evitar que ello suceda! Pero dejemos eso. Hemos venido a hablar de usted, sea quien sea.

—Y también de usted, ya se lo dije —suspiró su interlocutor. Luego, grave el tono, tensa su voz, habló de modo increíble—. Señor Bridell, mañana tendrá usted a salvo a su prometida. Ya no va a morir.

—¿Qué? —jadeó Carter. Le miró. Torció el gesto, disgustado—. Escuche, no me gusta bromear sobre esa cuestión. Sus palabras me

resultan de un gusto muy dudoso y...

—Señor Carter Bridell —cortó el desconocido, cerrando los ojos, en una expresión fría, estática, como la de una figura moldeada en piedra plástica—. La joven Claire Castle, paciente que ocupa la habitación número 207 del Saint Stephen's Hospital, va a ver desaparecido su tumor para siempre. Mañana, inexplicablemente, los médicos comprobarán en su examen que no tiene tumor alguno, y está a salvo de todo peligro definitivamente. Puede creerlo o no, pero ésa es la verdad. La única verdad de lo que está por suceder.

—El nombre, la habitación... El examen radiográfico de mañana... —tartamudeó Carter, atónito, contemplándole ya con supersticiosa, alarmada intriga—. Nada de eso le conté yo.

—Pero lo sé —sonrió débilmente, distendiendo sus delgados labios prietos—. Señor Bridell, ésa es mi parte en el convenio. Yo le estoy ayudando. Puede confiar en mí. La señorita Castle está ya a salvo. Serán felices, y la sombra del dolor y de la muerte no se interpondrá en su futuro. A cambio de ello, sólo le pido lo que antes me ofreció usted, espontánea, generosamente. Lléveme a su casa. Allí hablaremos más cómodamente, y podré pedirle su ayuda, si es que usted desea realmente proporcionármela, ahora que el motivo de su sufrimiento, de su amargura, de su escepticismo, ha desaparecido.

—Claire... Ella... sana... —musitó él, roncamente, todavía bajo el mazazo de la sorpresa, de la incredulidad—. ¡Dios mío, es algo imposible de creer...! ¿Quién... quién es usted, exactamente?

—Le aseguro que no soy el diablo —dijo él, irónico—. Ni tampoco un santo, la verdad. Sólo soy un hombre.

Un hombre a quien se le concedió algo que no había pedido. Y que arrastra ese peso a lo largo de los tiempos... Para usted, cuando menos, debo utilizar un nombre. Digamos que soy... Omega.

—¿Omega? Eso no es un nombre... Es una letra griega.

—Exacto. La última letra griega. Yo también soy el último. Tengo que ser, forzosamente, el último, señor Bridell. Porque yo... yo NO PUEDO MORIR JAMÁS. Ese es mi destino. Mi terrible e infortunado destino... Además... ¡CUIDADO, señor Bridell! ¡A su espalda, pronto!

Y ahora, la voz de Omega tuvo un tono realmente estremecedor, angustioso.

Carter Bridell lanzó una sorda imprecación y se volvió.

Y a tiempo. Omega le había avisado muy oportunamente.

En caso contrario, quizá la mano le hubiera aplastado. Tal era su fuerza, su contundencia, su volumen. Bridell jamás había visto una mano así.

El golpe zumbó en el aire viscoso de niebla y de llovizna. La mano enorme pasó junto a su rostro, rozándole. Supo que, de haberle alcanzado, era la muerte cierta. Aquella mano podía matar. Le hubiera bastado con darle alcance de lleno. Era una mano gigante, poderosa, devastadora.

—¡Ellos otra vez, malditos sean todos! —oyó jadear roncamente al hombre que se hacía llamar Omega.

No sabía qué significaba aquello de que fuesen «ellos». Pero sabía que todos actuaban al unísono y con una misma tenebrosa intención. No se parecían entre sí. Pero tenían algo indefinible en común. Le hubiera gustado saber lo que era.

Pero no podía pararse a averiguar nada, a investigar cosa alguna sobre aquellos personajes surgidos de la noche, y que se precipitaban ahora sobre ellos dos. Eran al menos media docena. Se movían extrañamente, con una rigidez casi inhumana. Pero no había la menor duda de que eran humanos.

Todos ellos eran fuertes, eso sí. Especialmente, el coloso que intentara machacarle con su mano y que, torpemente, como si le costara moverse por culpa de su propia humanidad, por su corpulencia y estatura poco usuales, volvía al ataque, con una especie de jadeo ronco, ahogado, que escapaba entre sus labios apretados.

Vestían todos de oscuro, con ropas toscas, como hubieran podido llevarlas simples descargadores de muelle. Chaquetas amplias, arrugadas, sin abotonar. Y debajo sólo la camiseta o una camisa vieja, descuidada. Podían ser rufianes a sueldo. Pero había algo raro, algo más turbio e indefinible en ellos.

El hombretón de casi siete pies de estatura, y más de doscientas cincuenta libras de peso, volvía a la carga. Se precipitaba sobre él, con un gruñido ronco. Otros tres rodeaban ya a Omega, cercándole amenazadoramente.

—Tenga cuidado, Bridell —masculó su compañero, retrocediendo lentamente ante el ataque—. Son peligrosos. Muy peligrosos. No tengo tiempo de explicarle por qué, pero procure eludir su contacto, su presión. Y si golpea, pégueles en la cabeza. Con todas sus fuerzas, ¿entiende?

Carter no entendía muy bien nada de todo cuanto estaba sucediendo en torno suyo, pero sabía que había que golpear, defenderse y no andarse con rodeos. Observó que Omega llegaba contra el muro de ladrillos, al que se aferró de repente con ambas manos en alto, tomando impulso. Luego disparó sus piernas contra uno de los atacantes. Le golpeó de lleno en el rostro, torpe y sin expresión.

El enemigo balbució algo, se encogió, aturdido, y Omega aprovechó para descargar un nuevo puntapié, esta vez contra su sien. Como fulminado por un rayo, el tipo se desmoronó ante él, quedando inmóvil en el asfalto. Ni un gemido escapó de sus labios en esta ocasión.

Mientras sucedía todo eso, el propio Bridell se veía obligado a eludir el acoso del gigantón y sus compinches, que estaban ya amenazadoramente cerca. Evitó que le cercaran contra una valla, eludió otro mazazo dirigido a su rostro, de aquellas manos de pesadilla, anchas y rudas, y contempló con ira el rostro estúpido, grande e inexpresivo, del agresor.

Sorprendido, se fijó por primera vez en sus ojos.

Eran dorados.

Ojos dorados. De un dorado extraño. E igual en toda su esfera. Nada de blanco, nada de retina ni de zona corneal. Sólo unos globos metálicos, como de oro. Todo cuanto la órbita dejaba ver era dorado.

Se quedó estupefacto. No entendió cómo era eso posible, salvo que llevase unas lentillas de contacto que abarcasen todo el ojo. Y que fuesen de aquel absurdo color oro...

Sin pensarlo dos veces, su mano se cerró fuertemente. Y disparó un seco directo justamente sobre aquellos extraños ojos y el entrecejo, con todas sus fuerzas.

Ocurrió algo inverosímil.

Las pupilas doradas crujieron, como vidrios rotos. Saltaron unos centelleos leves, igual que un chisporroteo absurdo dentro de las

órbitas visuales de aquel monstruoso ser.

Y el gigante, como abatido por un invisible mazazo, se derrumbó ante él, para no levantarse ya. Estaba vencido con un simple puñetazo a los ojos, un hombre de aquella corpulencia y fuerza física.

«Sencillamente demencial», pensó, girando ya hacia los otros enemigos, que se le venían encima.

Ya Omega había dejado fuera de combate a otros dos adversarios, por el procedimiento de lanzarles golpes brutales al rostro. Bridell, ahora, observó más de cerca a sus otros dos contrincantes. Especialmente, miró sus ojos.

Eran dorados. Simples esferas metálicas, color oro.

—¡Cielos, no es posible! —masculló, mientras golpeaba—. No parece humano...

Cuando logró abatir a otro, lo hizo con un formidable mazazo en su sien. Fácilmente, el otro cayó, como si le hubiera clavado una bala en el cráneo. Al oscilar y empezar a desmoronarse, Carter le descargó un segundo impacto de sus nudillos en los ojos, para observar la reacción.

Como en el caso anterior, hubo un chasquido, y de las órbitas brotó una luz, como un chisporroteo débil, azulado, antes de que el tono dorado se extinguiese, quedando en las cuencas del extraño ser una especie de esferas negruzcas.

El dorado de los ojos inquietantes se había vuelto negro, carbonizado

Los que quedaban todavía en pie, emprendieron repentinamente la huida. Sin previo aviso, se miraron entre sí, y como de mutuo acuerdo, dieron media vuelta, echando a correr con una agilidad forzada, para desaparecer en la niebla, ante la sorpresa del jadeante Bridell que, tras ver borrarle la última figura agresora en la bruma, se volvió a Omega, también fatigado por la desigual pelea.

—Que me ahorquen si lo entiendo —masculló—. ¿Qué ha sucedido en realidad?

—Huyeron, eso es todo —se encogió de hombros Omega—. Sabían que estaban perdidos. Esta vez no les resultó.

—¿Esta vez? ¿Eso significa ya que hubo «otras» veces?

—Muchas —rió entre dientes Omega—. Es mi destino. Huir de ellos, malditos sean todos.

Los contempló Bridell, allí en tierra, inermes como sacos. Miró luego en torno, preocupado.

—Parecen muertos —susurró, inquieto—. Si pasa algún policía, tendremos que explicar...

—No lo parecen, Bridell —comentó su interlocutor—. Están muertos. Todos.

—¡Cielos! No les pegué tan fuerte como para...

—Usted no los mató. Yo tampoco. En realidad, ya estaban muertos, antes de ser golpeados. Ellos estaban muertos cuando nos atacaron.

—¿Qué? —aulló Carter, atónito.

—Es la verdad, amigo mío. Usted no lo entiende ahora, pero lo sabrá cuando hablemos. Vamos ya, se lo ruego. Aquí en la calle, estamos en constante peligro los dos.

* * *

El ambiente era confortable. Las copas de oporto reposaban en la mesita. El fuego ardía alegremente en el hogar. La madrugada afuera continuaba fría e inhóspita. Pero era fácil olvidarlo allí dentro.

—Tiene usted un refugio encantador —comentó Omega, fumando en silencio, perdida en el vacío su pensativa mirada, profunda como la noche y la oscuridad.

—Pensaba compartirlo con ella —suspiró Carter, sombrío.

—Lo compartiré, ya se lo dije.

—Es que aún no puedo creerle. Es imposible que ella...

—Comprendo su escepticismo. Pero pronto tendrá noticias que lo confirmen, no dude de ello. Su amada Claire vendrá aquí a compartir este hogar con usted, no tardando mucho —su ceño se frunció—. Ahora, el peligro ya no es su tumor, sino «ellos»...

—Otra vez «ellos» —murmuró Carter—. ¿Se refiere a los hombres de ojos dorados de esta noche?

—A ellos. Y a quien está tras ellos.

—¿Quién está, exactamente?

—No lo conoce usted. Nunca oyó hablar de él. Pero está ahí, alerta, vigilante. Con su diabólica mente, con su crueldad sin límites, con su afán de siempre, dominar los secretos de la vida y de la muerte.

—Ese es un secreto que todo el mundo deseó dominar, desde los médicos a los cirujanos, pasando por los alquimistas, los físicos, los químicos, los brujos y los biólogos. Pero siempre fracasaron. Sólo Dios posee ese inviolable secreto, al parecer.

—Hay alguien que quiere llegar tan lejos. Y que está a punto de lograrlo. Por lo menos, se halla más cerca de la verdad de lo que jamás ningún ser humano pudo estarlo. Es preciso impedir que alcance su objetivo final.

—¿Por qué? ¿Supone que no traerá ningún bien a la Humanidad el conocer ese gran misterio, Omega?

—No lo supongo. Lo sé. En manos de él, menos todavía. Su conocimiento de ese poder, sólo serviría para hacerle dueño y señor de todo lo que existe. Créame, Bridell; lo mejor que puede suceder en el mundo es que todo siga igual, que se nazca, se muera y uno vuelva al polvo de donde nació. Es una ley inmutable y hermosa. No hay razón para alterarla.

—¿Y eso lo dice usted? ¿Usted, Omega, que me dijo antes tan seriamente que no puede morir jamás? ¿O bromeaba entonces?

—No, no bromeaba. Es lo cierto. Por eso, Bridell. Porque sé por experiencia lo que significa vivir, porque deseo morir y no puedo conseguirlo, le hablo así. Para él, yo soy la presa suprema codiciada, la fuente de su triunfo. Si logra vencerme, si llego a caer en su poder... quizá habrá alcanzado lo que buscaba.

—Sigo intrigado sobre la personalidad de ese ser tan temible, Omega.

—Su nombre nada le dirá. Se llama Zyborg.

—Zyborg... He oído hablar de algo así. Es el nombre que se aplica a...

—A un robot humano —asintió fríamente Omega—. Lo sé. El no es un robot, sin embargo. Es un ser humano, pero terrorífico. Y lo que hace es crear robots. Por eso quizá adoptó ese nombre de Zyborg...

—¿Qué clase de robots? ¿Mecánicos?

—No. Robots como los que nos atacaron esta madrugada, Bridell.

—¿Quiere decir que ellos eran...?

—Autómatas humanos, ¿no lo entiende? Hombres muertos, manejados a distancia por Zyborg. Esa es la pura verdad.

—No puedo creerlo —sacudió Carter la cabeza, atónito—. Es... ¡Es demasiado inverosímil!

—Sé cómo se siente —sonrió Omega, mientras apuraba su copa de oporto—. Para un hombre normal, en su habitual vida burguesa, enfrentarse de repente a tanta cosa insólita, por fuerza tiene que resultarle demoledor. Usted está viviendo en pocas horas una experiencia que haría falta años enteros para aceptar como lógica. Aun así, debo felicitarle. Está adaptando su mente y su razón admirablemente bien, a tan anormales, tan insólitas circunstancias.

—Quisiera creer eso y no pensar que estoy volviéndome loco con toda rapidez —masculló de mala gana Bridell—. ¿Más oporto, amigo mío?

—No, gracias. Soy hombre muy sobrio en mis gustos. No abusar de nada ha sido siempre mi lema. Después de todo, tengo tiempo sobrado de conocer todos los placeres del mundo. Y todos los dolores, Bridell.

—Si es cierto que... que no puede morir... —Carter sacudió la cabeza—. Oh, eso sí que es algo que no entra en mi mente.

—Lo comprendo. La noción de la inmortalidad es difícil de aceptar. Imagine a alguien que nació una vez... que murió mil veces., para seguir viviendo después una y mil vidas más... Imagine a alguien a quien las armas, los venenos, la violencia, la guerra, la peste, las enfermedades, los accidentes, en nada pueden afectar. Que si es atacado mortalmente aparentemente muere... y el fenómeno dura solamente un corto tiempo, para seguir viviendo, para continuar existiendo en el mundo, como si uno se hubiera limitado a descansar un tiempo. Imagine a alguien así, Bridell, y comprenderá que todos los afanes de supervivencia todos los más ardientes deseos de inmortalidad, de gozar de esta vida, se extinguen y se diluyen en un solo afán en una única plegaria: Deseo morir... ¡Deseo descansar para siempre! Y no puedo. No puedo, amigo mío. Debo seguir viviendo... hasta el fin del tiempo, hasta que nadie, sino yo mismo, quede en el mundo.

Hubo un pesado silencio tras esa revelación increíble. Carter Bridell se sirvió más vino. Lo apuró de un trago, y se frotó las sienes, como queriendo alejar de su mente alguna idea fantástica.

—¿Cómo obtuvo ese don, Omega? —preguntó—. ¿Desde cuánto existe usted, realmente?

El interpelado se encogió de hombros. Su gesto reveló cansancio súbito.

—No importa cuándo comenzó esto. Lo que cuenta es que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Y estoy cansado, Bridell. Cansado de sobrevivir a todos, de conocer civilizaciones, gentes, épocas y momentos. La forma en que obtuve el don... también es remota, casi olvidada. Y prefiero olvidar. Quizá un día lo sepa usted, amigo mío. Quizá... Ello significará que he logrado mi anhelo supremo, que estoy a punto de descansar por fin. Porque sólo cuando sepa que he de morir, que mis ojos, ¡al fin!, van a cerrarse, revelaré a alguien, a quien me ayude a bajar los párpados para siempre, la verdad de mi existencia, el principio de todo.

Permaneció callado unos momentos. Carter le contemplaba, perplejo. Había muchas preguntas flotando en sus labios. Interrogantes que le quemaban y quería formular al hombre que no podía morir. Y sólo se le ocurrió algo:

—Entonces, si usted no puede morir, si le está negado el descanso..., ¿cómo puede influir sobre las existencias ajenas e impedir que otros mueran?

—¿Lo dice por Claire? —sonrió él suave, tristemente casi. Hizo un movimiento de cabeza, y sus ojos profundos contemplaron el fuego, pareciendo que éste se sumergía en las simas de aquellas pupilas, comunicándoles el ardor mismo de sus llamas chisporroteantes, alegres en el cálido clima del piso de Bridell en Bloomsbury. Tras la pausa, añadió con lentitud, como si eligiera las palabras—: Hay muchas cosas que uno aprende a hacer cuando ha tenido siglos enteros para conocer su secreto. Hay una fuerza en nuestra mente que puede desarrollarse, si uno realmente lo desea. Lo intentan ya muchos, en Oriente. Algunos lo logran, siendo capaces de influir a distancia en el bien o en el mal de otras personas. Pero les falta tiempo para perfeccionarse, para llegar a la culminación de su poder mental. A mí, es tiempo lo que me sobra, Bridell. Y he podido perfeccionar esa fuerza. Gracias a ella su prometida será nuevamente la joven alegre y despreocupada que nunca debió dejar de ser. Un tumor maligno, por grave que sea, es algo que no puede resistirse a ese poder mío, se lo

aseguro.

—Y yo... y yo empiezo a creerle —Carter humedeció los labios, lentamente. Luego añadió—: Sin embargo me pide ayuda a mí, a un humilde individuo vulgar, sin ninguna fuerza especial. Ayuda contra un ser como Zyborg.

—Contra Zyborg, nada pueden mis poderes —suspiró él.

—¿Y qué podré yo, tan insignificante y tan escaso de recursos, Omega?

—Eso está por ver —sonrió enigmáticamente su huésped—. Mi instinto me dice que usted puede ser un peligro inesperado para Zyborg. Y por Dios que ignoro la causa, pero es así. Mi mente lo capta de algún modo. Hay ya una prueba reciente; que fuese usted atacado, al mismo tiempo que yo, esta madrugada en aquel suburbio de Londres.

—¿Quiere decir que él... sabe ya de mi presencia a su lado, Omega? —se inquietó Bridell.

—Zyborg sabe muchas cosas —convino con pesar Omega—. No me sorprendería que también conociera su domicilio y...

Se detuvo de repente. Se puso rígido, como escuchando algo. Carter le miró, preocupado.

—¿Qué significa...? —comenzó.

Y Omega le hizo callar, con un enérgico gesto, al tiempo que sus ojos brillaban revelando tensión, inquietud, acecho.

Luego, un leve murmullo, apenas audible, le llegó a Bridell, procedente de labios de su huésped, haciéndole erizar los cabellos:

—Ellos... —dijo—. Están aquí.

Carter miró en torno al gabinete tranquilo, al fuego alegre y confortable. Nada hacía presagiar un nuevo peligro. Nada... excepto la tensión de Omega, su mirada centelleante, su cuerpo envarado, como un muelle de acero a punto de dispararse.

Sí. Había peligro. Carter Bridell estuvo seguro de eso. Aunque ignoraba dónde, y en qué forma.

Omega le señaló el interruptor de la luz, con un solo gesto expresivo, breve. Asintió Bridell, pero señalando al fuego. Su

interlocutor se encogió de hombros, y señaló a la panoplia del muro, donde aparecían cruzados dos sables, bajo un viejo escudo de armas de los viejos antepasados de la familia Bridell.

Bridell entendió. Caminó lentamente! en silencio. Tomó ambos sables, desprendiéndolos con cautela de su soporte. Tendió uno a su huésped. Se quedó él con otro. Luego, rápido, apagó la luz. Sólo el resplandor de las llamas se quedó, iluminando la estancia.

A su claridad, la alta figura de Omega, sable en mano, parecía la de un fantasma llegado del pasado para luchar contra algo insólito. Y después de todo, quizá fuese así, pensó Carter, sujetando con firmeza también su sable, a la espera de lo que pudiera suceder seguidamente.

—Ya están ahí —susurró Omega, que parecía tener un sexto sentido para ciertas cosas.

Los ojos del misterioso ser que decía poseer la inmortalidad, no se fijaron, sorprendentemente, en la puerta de acceso al gabinete, y que comunicaba con el vestíbulo de la casa... ¡sino a la ventana velada por los cortinajes color verde oscuro!

Bridell, sorprendido, dirigió sus ojos en esa dirección también, pensando que Omega debía estar equivocado. No era fácil llegar a un tercer piso, en pleno Bloomsbury, y penetrar por la ventana asomada a plena calle Saint Gower.

Inmediatamente supo que, tuía vez más, Omega tenía razón.

Con un seco chasquido, cayeron los vidrios de la ventana, pulverizados, al interior del gabinete. Los cortinajes se agitaron con violencia.

Y «algo» inesperado penetró, siniestramente, en la estancia.

CAPITULO IV

Al sobresalto de aquella entrada violenta y súbita por el hueco de la ventana, se unió el estupor que invadió a Carter Bridell cuando descubrió qué era lo que había penetrado en su piso.

Esperaba verse frente a otros individuos torpes y brutales, otros robots humanos con ojos dorados. No frente a... a «aquello».

Y «aquello» estaba ya allí. En el gabinete. Delante de ellos dos. Enfrentándose a los compañeros de peripecia nocturna en el Londres brumoso de invierno.

En la atmósfera lívidamente alumbrada de cárdeno por las llamas crepitantes de los leños en el hogar, fue como un espectro. Como el peor, el más abominable y absurdo de los fantasmas imaginables.

—Omega, ¿qué... qué significa...? —oyó su propia voz en un jadeo, y apenas si lo reconoció.

—No hable... —le escuchó a su huésped—. No se distraiga, por el amor de Dios... Haga algo, luche... Luche como le dicte su inteligencia, amigo mío. Esto es temible. Realmente temible, a pesar de todo.

A pesar de todo... Si Omega lo decía, así debía de ser. Pero no porque lo pareciese en modo alguno. Porque lo que ahora se movía, parecía flotar dentro del gabinete, a los reflejos espectrales de la chimenea, era simplemente... un globo de gelatina roja.

Una gelatina en forma de inmenso, enorme cerebro. Una perfecta reproducción de una masa encefálica humana, en una materia cristalina, pero blanda, como cera fofa, flotando y arrastrándose sobre el suelo alfombrado, donde dejaba un rastro viscoso, fosforescente, tono carmesí...

Le causó un horror instintivo ver aquella apariencia de un cerebro, como un ingente seso humano de color sanguinolento, en una materia que Carter adivinaba moldeable, acaso imposible de destruir con unos simples sables de afilado acero.

Cuando menos, había que intentarlo. Y lo intentó.

Lanzó un alarido como los que había oído a veces a los luchadores de karaté. Y se precipitó, arma en ristre, contra aquella

forma extraña y siniestra, que hubiera podido pasar también como una burda imitación plástica, para una feria o un simposiun científico televisado a un público ingenuo.

Y, como esperaba, el sable fue inútil.

Su filo chocó con la forma roja, se hundió en ella, igual que un cuchillo en un bloque de mantequilla... pero sólo para quedar aprisionado dentro, cuando de nuevo la materia fofa se hizo compacta, cerrando su fisura... y aprisionando así al arma de otro tiempo.

De ese modo tan simple, Carter Bridell se quedó inerme, vacía su mano ante el enemigo inquietante y absurdo. Contempló a la forma plástica, que emitía un sonido ronco, sibilante, y un curioso hedor a corrompido. La voz de Omega le llegó, apremiante:

—¡Cuidado, Bridell! ¡Es un robot artificial, creado de alguna materia viva que Zygorg conoce y nosotros no! ¡Nunca ha utilizado un elemento así, de modo que debe ser eficaz en esta lucha!

Y él mismo, comprendiendo lo inútil de aquel sable que esgrimía, lo arrojó con ira, como un arma primitiva, contra la materia viviente. Se hincó la puntiaguda hoja en ésta, y allí se quedó, como la de Carter Bridell, asomando sólo la empuñadura. Siendo paulatinamente engullida por la masa blanda y traslúcida... ¡en cuyo interior se iba disolviendo el acero a medida que lo absorbía!

—Creo... Creo que se desintegra la materia... —jadeó Bridell, angustiado, contemplando el fenómeno y retrocediendo, mareado por el feo hedor que escapaba de la forma viscosa.

—Sí, estoy observando eso —a la luz de los leños encendidos, el afilado, anguloso rostro del extraño era una alucinante máscara de inquietud, de tensión, incluso de temor. Por primera vez, Omega no parecía tan seguro de sí como hasta entonces. El y su amigo Carter Bridell se movían en pausado retroceso, buscando el distanciamiento de aquella forma repugnante y extraña, que, como un simple globo en alas del frío aire de madrugada, llegara a través de la ventana rota, hasta el interior del gabinete.

—¿Qué hacemos? —musitó Carter, sin desviar sus ojos de «aquello».

—Estoy pensando. Y esa «cosa» no facilita la tarea... Creo que no es sólo una forma de vida bioquímica, obra de Zygorg y su ciencia, sino algo más. Acaso un medio, un vehículo de obstrucción mental.

Emite fluido que intercepta los circuitos mentales. Zygorg sabe mucho sobre todo eso... Zygorg es un gran conocedor de la mente humana, de los cerebros electrónicos, de la biología y de la cibernética por igual. Creo que ha llegado a la perfección total en ambos terrenos, logrando enlazar una y otra forma de «pensar»...

Lanzó un grito ronco y saltó elásticamente sobre el sofá, justo cuando el monstruoso objeto viviente le atacaba. En eso, reveló Omega la increíble agilidad de sus reflejos. Y de su propio cuerpo.

El óvalo blando saltó en el aire, buscándole. Emitió una especie de agrio, largo chirrido, y rozó la mesa con las copas de oporto, quando el blanco que era el cuerpo de Omega, se desvió en la maniobra salvadora.

Ante el asombro de Bridell, las copas se quebraron con sordo chasquido, la mesa entera se cubrió de una especie de gélida escarcha azul... y terminó cayendo pulverizada, como un cuerpo de azúcar triturada, o como un vidrio irrompible cuando se hace añicos.

—Cielos, ¿ha visto eso, Bridell? —oyó decir a Omega—. Si nos toca de alguna forma, estamos perdidos.

Y lo peor es que, justo en ese momento, la «cosa» se dirigió velozmente contra Carter Bridell.

Y éste supo que no podía evitarla en modo alguno.

Ni sus reflejos mentales ni su agilidad física lo conseguirían.

Sencillamente, supo que estaba perdido. Que aquello era el fin.

* * *

El fin, en forma de una absurda materia plástica, roja, pegajosa y fofa con apariencia de sanguinolenta masa encefálica humana.

Aquella «cosa» enviada por la mente diabólica de un tal Zygorg, de quien Carter Bridell todavía no sabía prácticamente nada, iba a terminar con los dos. Incluso con la inmortalidad supuesta de Omega, el hombre que no podía morir.

Y con él que, desde luego, sí podía morir, y temía que eso iba a suceder muy pronto.

Omega, inerme ante aquella materia palpitante que se movía como un globo por la habitación, era el único que podía hacer algo,

porque Bridell estaba vencido ya de antemano en el extraño, inquietante duelo.

Y fue Omega quien hizo el milagro. Cuando Carter no hubiera dado un solo penique por su vida o la de su misterioso compañero de avatares nocturnos.

Porque súbitamente, el hombre que aseguraba ser inmortal desde remotos tiempos pasados, reaccionó de modo desesperado.

Fue como un relampagueo de genialidad y de inspiración en Omega. Carter le vio vacilar, indeciso, no lejos del fuego de la chimenea hogareña. Luego, de repente, se inclinó, y, rápido, aferró un leño encendido, llameante, medio ennegrecido por el fuego.

Sujetándolo en su mano firme, se precipitó sobre la materia pastosa y roja. Hubo algo raro una especie de chirrido ronco, de convulsión en la forma oval. Se arrugó ésta, retrocediendo ante la llama. Riendo roncamente Omega cargó sobre el glóbulo carmesí.

Le hincó la madera incandescente. Hubo como un sibilante chasquido, que pareció un grito animal. Ennegrecióse, arrugada, parte de la superficie de la materia viva. Un hedor intolerable llenó la estancia. Carter se cubrió la nariz, asqueado. Del óvalo se elevó un vapor nauseabundo, amarillento.

Luego, Carter Bridell supo lo que él podía hacer, tras la iniciativa clara de su amigo. Y precipitándose sobre el hogar con un aullido, aferró dos teas que lanzó sobre el enemigo informe, tomando luego otras dos entre sus manos, sin importarle que su chisporroteo quemase sus mangas y salpicara de señales dolorosas sus dedos.

Atacada por el fuego, la «cosa» se hizo un raro muñón, una forma crispada, diminuta, encogida, que despedía pestilencia, humo y una viscosidad repelente pegajosa, que brillaba en el suelo alfombrado.

—¡Bravo, Bridell, lo estamos logrando! —voceó radiante Omega.

Y ambos, unido su esfuerzo, fueron acorralando, acosando a la forma, hasta que ésta, ya en ima última y desesperada pugna por eludir el fuego agresivo, emitió una especie de sonido acre, un vaho de vapor amarillo, fétido, y escapó, vertiginoso, por entre las cortinas que, a su simple contacto, se ajaron y abrasaron, colgando como pingajos.

Todavía Omega le alcanzó con una antorcha encendida, en el aire. Ardiendo, como una bola de sebo o de cera, «aquello» se fue al

asfalto, en el lívido, grisáceo, turbio y sucio amanecer de la capital inglesa.

Allí asaetado por los troncos encendidos que arrojaba implacablemente Bridell, unida su acción a la de Omega, se hizo un crujiente, oscurecido e informe bulto, un amasijo que iba estirándose, secándose, agrietándose en la calzada, bajo la niebla y la llovizna persistente.

Luego un silencio absoluto se hizo en la calle, en el apartamento lujoso de Bridell.

La voz de Omega se limitó a comentar en aquella pausa llena de fatiga y relajamiento:

—Lo logramos... Lo logramos por segunda vez, Bridell... Los ingenios de Zygorg han caído. Pero él lo intentará otra vez. Y otra. Y otra... mientras exista.

* * *

El teléfono sonó.

Es lo que despertó a Carter Bridell en su inquieto reposo matinal. Y le arrancó de sus pesadillas.

Pesadillas hechas de formas plásticas rojas, de grandes cerebros vivientes, sobre tentáculos de pulpo viscoso, de hombres-robot de ojos dorados, de los que brotaban culebras de oro al ser atacados.

Pesadillas con la sombra de un hombre alto, pálido, sombrío. Un hombre que no podía morir...

Y allá, lejos, repentinamente, entre vapores de niebla, emergía una figura inesperada imprevisible, que intervenía en su pesadilla.

Una máscara carnavalesca con hábito negro, con rostro de calavera.

La Muerte.

Pero la Muerte que vieron unos alegres enmascarados en la madrugada de Chelsea, al hallar lo que parecía ser el cadáver de un hombre.

El cadáver de alguien que nunca podía morir.

No sabía el porqué de esa aparición repentina, el porqué de que

en sus sueños interviniese un absurdo personaje, una máscara de carnaval, un disfrazado más, a quien nunca llegó a ver.

Y sin embargo...

Sin embargo, el timbre del teléfono seguía sonando. Una, otra, otra vez...

Carter Bridell se agitó en el lecho, empapado en sudor. Se arrancó a sí mismo, dificultosamente, de su agobiante pesadilla. Se sentó en la cama.

Tomó el teléfono, angustiado. Preguntó roncamente:

—¿Dígame?

—¿Señor Bridell? —preguntó una voz lejana y monocorde—. ¿Carter Bridell?

—Sí, sí. Yo mismo —miró el reloj sobre la mesilla. Eran las once, pero no supo en principio qué once. Luego, recordó que tenía que ser por la mañana. Se había acostado tarde. Y allá afuera, incluso lucía un débil sol entre nubarrones grises—. ¿Quién llama?

—El Saint Stephen's Hospital —sonó la voz.

—¡Dios mío! El Hospital... —el sueño, la fatiga, el aturdimiento, absolutamente todo, se escapó de él como por ensalmo. Se irguió, repentinamente despejado, muy abiertos sus ojos, rígida su figura—. ¿Qué sucede? ¿Qué desean de mí? La... la paciente Claire Castle... ¿Es hoy cuando la examinaron por rayos X?

—Sí, señor Bridell. El doctor Bellamy me encarga que le llame para informarle, tal como convinieron ustedes el otro día...

—¡Sí, claro! El doctor Bellamy... Las radiografías... Recuerdo todo eso... —nervioso, crispado, Carter Bridell tomó su paquete de cigarrillos de encima de la mesilla, y se le cayeron varios por la sábana y cobertor, sin que le importara en absoluto. Cazó uno al vuelo, lo encendió, lo fumó, nervioso, quemándose casi los dedos con el fósforo—. ¡Oh, cielos, termine de una vez, se lo ruego! ¿Es el doctor Bellamy quien quiere hablarme? ¡Vamos responda!

—Lo siento, pero el doctor tuvo que ausentarse por un asunto urgente. Sin embargo, no es preciso que él le hable, señor. Las noticias que tiene... me encargó se las transmitiese yo a la hora convenida... Tengo aquí su nota personal. ¿Me escucha, señor Bridell?

—Sí, sí. ¡Por supuesto que escucho! —se frotó la boca seca, aplastó el cigarrillo recién encendido, en el vidrio de su cenicero—. ¡Dígame, se lo ruego! ¿Qué noticias hay sobre Claire Castle?

—Escuche, por favor. La nota del doctor Bellamy dice: «Examinada la paciente en una serie de radiografías y radioscopias especiales, el resultado sobre su presunto tumor maligno es absolutamente negativo. Sorprendidos, hemos realizado análisis completos. Y todo ha sido igualmente negativo. Al parecer, e inexplicablemente aún, a través de toda prueba clínica, el tumor ha desaparecido y no da señal alguna de existencia. Informaré más adelante, tras otra prueba a efectuar. El estado de la paciente es satisfactorio. No sufre dolor ni fiebre alguna. Clínicamente, no hay nada concreto ni claro. Pero todo es positivo para paciente y médicos. Eso espero que le complazca, señor Bridell». Es todo lo que me han dejado escrito. Pero el doctor Bellamy, aunque muy complacido, parecía completamente desorientado, si he de serle sincera, señor...

—Gracias, enfermera. Dios la bendiga —musitó Carter—. Muchas gracias por todo...

Colgó. Una expresión de estupor, de esperanza, de asombro, aparecía en su rostro. Algo, en el fondo de su mente, bullía remoto. Frases sueltas volvían a su recuerdo, como trallazos:

«Mañana tendrá la prueba... Su prometida no morirá... Va a sanar de su tumor... No le prometería algo así, si no supiera que es posible... y que va a ocurrir... Ella compartirá este hogar con usted... Ya está a salvo de su dolencia...»

Y era verdad.

Todo era verdad. Lo que Omega había prometido. Lo que había dicho que se cumpliría. Todo se había cumplido. Inverosímilmente, pero... se había cumplido.

—No, no —jadeó él—. ¿Será posible que ella, Claire...?

Y ocultó, angustiado, esperanzado a la vez, lloroso, riendo a la vez, el rostro entre sus manos crispadas.

Y lloró.

Carter Bridell lloró solo, en silencio.

Porque también se puede llorar de esperanza, de fe, de amor, de confianza... y de gratitud.

Gratitud hacia un desconocido. Hacia un hombre que decía ser inmortal. Y que quizá lo fuese.

Un hombre sin nombre. Un hombre que sólo decía llamarse... Omega.

Como la última letra del abecedario griego. Como el último hombre sobre la tierra, tal vez.

—Omega —susurró Bridell, conteniendo su llanto de hombre feliz, de enamorado esperanzado y radiante, sin vergüenza por sus lágrimas—. Omega, amigo mío...

Y cerró los ojos. Y desde lo más hondo de su corazón, desde el fondo mismo de su alma, dio su gratitud eterna al hombre capaz de semejante prodigio. Porque súbitamente, como la noche fría y neblinosa había quedado atrás, con su carga de siniestros presagios y de tenebrosas realidades violentas, permitiendo que un tibio sol londinense, propio del invierno en las islas, luciese sobre la City, así la oscuridad de la desesperanza, el dolor y la amargura ante la enfermedad incurable, había dejado paso a una nueva fe, a una esperanza, aunque bien poco valor tiene para mí, sabiendo que por ella recupera Claire la suya.

—Gracias, amigo Bridell —sonrió Omega, tranquilo—. No sé si usted perderá su propia existencia en esta pugna. No puedo afirmarle nada, porque nada conozco. Incluso yo, el hombre que no puede morir, estoy en grave peligro.

—¿Peligro? ¿Usted? —dudó Bridell—. Parece fácil su solución. Me dijo que deseaba morir. La derrota es la muerte, ¿no?

—No necesariamente —suspiró Omega, con un movimiento de cabeza negativo—. Hay cosas peores que la muerte. Zygorg no desea que yo muera, sino todo lo contrario. Que siga viviendo, pero... para él.

—Temo no entender.

—No lo entendería ni aun explicado más claramente, amigo mío. Es algo oscuro y horrible. Algo que nadie podría entender. Mi vida es lo que busca Zygorg. Pero no para arrancármela, que de nada le serviría, sino para conservarla.

—¿Conservarla?

—Sería su más preciado don. Y es el que espero no concederle. Morir no es lo peor, aunque mucha gente lo crea. Morir es una

transición obligada. Necesaria, incluso. Es el reposo del guerrero, el descanso del que lucha, el castigo para el perverso, el premio para el magnánimo. Sin embargo, Zymborg representa otra cosa. Algo que está más allá de la vida y de la muerte. Algo que estremece de horror.

—Me gustaría saber qué es ello.

—No, vale más que no lo sepa, Bridell. Explicarlo sería quizá inútil. Conocerlo por experiencia propia... resultaría espantoso. Contra eso hemos de luchar.

—Se supone que si debo ayudarle en algo, algo debo conocer también.

—Eso es cierto. Y algo va a saber, pero no todo. Hay cosas que están más allá del entendimiento del hombre reducido a su mundo y su ámbito. Cosas que nunca quisiera que conociese usted por sí mismo.

—Bien. Acepto esa frontera de ignorancia —declaró algo molesto Bridell—, Pero..., ¿qué es, entonces, lo que espera usted de mí, Omega?

—Eso quisiera saber —suspiró lentamente su huésped, paseando por el gabinete. Se detuvo, examinando la nueva vidriera que cerraba la ventana. Evidentemente, Carter se había dado prisa en reponerlas, tras el misterioso ataque de la forma de vida de la madrugada anterior. Sin mirar aún a Bridell, añadió pausado—Lo cierto es que ignoro lo que debo esperar de usted. Ya le dije que era algo intuitivo. Una corazonada. O quizá algo más. Tengo presentimientos. Cuando me hallaron muerto en el río los enmascarados del Carnaval, yo estaba en un nuevo trance para esta vida de ahora.

—Esta vida de ahora. ¿Quiere decir que, realmente, lo que encontramos allí nosotros anoche era un cadáver?

—Sí —rió entre dientes Omega—. El mío.

Se volvió despacio. Su rostro enjuto, pálido, era el de un hombre grave, sombrío, con un cierto agrio sentido del humor palpitando en su gesto, en su mirada, en su rictus irónico de los delgados labios. Pero en modo alguno parecía un espectro.

Además, ahora vestía a la moda de su tiempo. Como cualquier *gentleman* londinense. Pero de oscuro. Como vistiera la noche antes, a la moda de un siglo atrás.

—¿No venía de ningún Carnaval? —murmuró Bridell, ceñudo.

—No, de ninguno —sonrió Omega. Sus ojos eran inmensamente sarcásticos ahora—. Hay fronteras extrañas entre siglo y siglo. Como décimas de segundo para cualquier mortal, pero no para mí. Entre 1850 y este momento, por ejemplo... es como un soplo. Basta salvar una frontera sutil que nadie puede cruzar.

—Quisiera entenderlo. Creo pensar que es... el Espacio-Tiempo.

—Sí, Bridell —los ojos de Omega brillaron—. Es el Espacio-Tiempo. Es tan listo como yo imaginaba. Lo ha entendido. Mi última muerte se produjo en 1850. Una noche de Carnaval, como la de ayer. Mi sueño en esa divisoria intangible, más allá de todo lo conocido, duró cien años largos. No para mí, ni para usted, ni para otros. Pero duró. Y aquí estoy ahora. Un soplo en la Eternidad. Una inmensidad para los que nacen y mueren. Así son las cosas.

—Sí, eso lo entiendo, pero, ¿por qué esa muerte? ¿Por qué resucitar?

—Se muere y se vuelve a la vida. Es un ciclo, una cadena eterna. Sólo que mueren unos y nacen otros. Ese ciclo, esa cadena, se altera a veces. Y todo se da en imo mismo. No ocurrió nunca. Me sucedió a mí, y es bastante. La transición es fugaz. Un día, creerá usted que he muerto, Bridell. Me verá cadáver de nuevo. Y sin embargo, un momento después apareceré en otro lugar, en otro tiempo. Para usted y los demás, habré dejado de existir. Yo habré muerto. Pero he muerto antes otras veces. Muchas otras veces. Babilonia, Jerusalén, las Indias, las aldeas medievales, las estepas mongólicas. Es un curso de la historia y del Hombre. No importa el momento, el lugar. Todo es relativo. Es el Hombre quien importa. Cualquier hombre. En él empieza y termina todo. Digamos que soy un símbolo. Es pretencioso, pero puede que sea así. Lo cierto es que estoy aquí. Y seguiré estando en otros sitios, si no me libero. La liberación es siempre la muerte. El que muere, ya no sufre, no siente, no ama ni es amado, no odia ni es odiado. Usted, Bridell, no entendería eso. Porque ama a una mujer, a Claire Castle, cree que la vida es lo más hermoso del mundo. ¿Lo hubiera creído igual, de haber perecido ella en ese hospital londinense?

—No —gimió Carter—. Creo que no. Hubiera deseado morir.

—Morir con ella, claro. Ir a ella de algún modo. Ahora, imagine eso en dimensiones infinitamente mayores. Imagine que ama una vez, que pierde a quien amó y usted sigue adelante. Solo. Siempre solo. Es su destino. Lo demás queda atrás. Incluso aquélla a quien amó y perdió. Luego, quizá, si el destino le es propicio, olvida y vuelve a

amar. Vuelve a perder a otro ser amado. Y usted sigue, sigue... ¡siempre sigue! ¿Vale la pena? ¿Es justo?

—Es un infierno —jadeó Carter Bridell.

—Un infierno. Sí. Mi infierno. Un infierno de siglos, de milenios acaso. No sé. Ignoro cuándo será el final. Pero no quiero que sea, precisamente, bajo la ciencia maléfica y siniestra de Zyborg, el ser que puede convertirme en su objeto fundamental. En su monstruoso y abominable triunfo final sobre todo lo que significa vida y muerte, tal como Dios la concibió desde el principio del Tiempo.

Hubo una pausa larga, profunda. Ahora, Bridell meditaba las palabras patéticas de su interlocutor, pronunciadas con voz sorda, contenida, llena de angustias inexplicables y lejanas. Como de algo que no era de este mundo. Ni de ningún otro, quizá.

Bridell afirmó despacio. Afuera, el día se nublaba otra vez. Quizá volvería a llover. Y la noche de febrero sería nuevamente fría, nuevamente brumosa. Como casi todo el invierno en Londres. Como la terrible noche anterior, en que conociera por primera vez la sutil frontera de la vida y de la muerte, y acaso algo que estaba más allá incluso.

—Sigo sin entender lo más importante —dijo al fin Carter—. ¿Qué espera de mí, Omega?

—Espero la muerte —dijo con sencillez Bridell—. Y es usted quien tiene que proporcionármela. Lo espero. Lo sé.

CAPITULO V

Claire estaba radiante y hermosa como nunca.

Muy rubia, como siempre había sido. Pero sus ojos claros, azules e intensos, brillaban con algo parecido al júbilo, al entusiasmo por la vida, a la fe en un futuro que había creído perdido para siempre.

—Es maravilloso, Carter —exclamó, risueña—. ¡No tengo absolutamente nada! El doctor Bellamy cree que es un milagro. Los demás, piensan que hubo un grave error de diagnóstico. Pero, sea como sea, no tengo nada. Estoy sana. ¡Completamente sana! ¿Te das cuenta, Carter? Nada de tratamientos, nada de dolencias, nada de sufrimiento. Ningún peligro ya.

Carter no respondió. No podía decirle que la habían dado por muerta clínicamente. Que el supuesto peligro era algo más que eso. Que era una certidumbre total; la muerte a corto plazo.

No. Ella nunca llegó a saber eso. Ni hacía falta tampoco que lo supiera ahora. El shock podía ser demasiado tremendo. Quizá, incluso, le afectara emocionalmente, le hiciera pensar que podía tener algo realmente grave y que se lo estaban escondiendo entre todos, de un modo piadoso.

Era mejor así. Y era mejor ahuyentar para siempre aquellos fantasmas, aquellas sombras.

La apretó contra sí cálidamente. Sintió sus lágrimas de alegría, contra la mejilla, al sollozar ella. También el calor de su cuerpo, la vibración estremecida de aquella criatura sometida a tan dura situación.

—Mi pequeña —jadeó—. No temas nada ya. Ha terminado la pesadilla. Saldrás esta misma tarde de la clínica. Están tramitando el alta. Faltan sólo unos pequeños requisitos, simple papeleo.

Al hablar, al abrazarla, al sentirla contra sí, tan próxima y tan entrañablemente suya, cuando ya la había dado por perdida para siempre, no pudo evitar que sus ojos, por encima de los hombros de la joven, se clavaran en él. En Omega, erguido, silencioso, como al margen, ausente de aquello que él mismo anunciara, que él pronosticó. Que él, sin duda, hizo con su esfuerzo metafísico, increíble, inexplicable.

Esperaba al lado de la puerta. Sereno, calmoso, frío inclusive. Como si nada de todo aquello fuese con él. Como si estuviera asistiendo a ima escena vulgar y rutinaria, entre dos seres también vulgares.

—Carter, estoy deseando salir de aquí, volver a la vida, olvidar que sentí aquellos dolores, que vi aquel gesto pesimista en los médicos, que tuve aquel miedo tremendo a lo peor. Porque créeme, cariño, creí morir...

«Pobre Claire», pensó él. Había creído morir. No sabía lo ciertos que fueron sus temores, sus angustias. Pero ahora ya no tenía por qué saber nada. Ahora, todo era diferente. Lo había dicho Omega. Y él no se equivocaba nunca. No se había equivocado en nada. Ni siquiera en esto, que tanto significaba para él.

—Claire, querida —susurró—. Voy a presentarte a un amigo. Al mejor amigo...

Ella le miró, sorprendida. Luego giró la cabeza, mirando al hombre que acompañara a su prometido en aquella última visita al hospital. Se quedó estudiándole, con ojos fijos, pensativos, llenos de incertidumbre.

—Creí que conocía a todos tus amigos, Carter —comentó, risueña—. Pero nunca vi a ese caballero.

—El... El es John Omega —dijo torpemente Bridell.

—¿Omega? —ella rió—. ¡Qué extraño apellido!

—Soy descendiente de armenios y de griegos, señorita —dijo, irónico, él—. Quizá eso explique un poco mi apellido, aunque sospecho que no del todo. Le aseguro, sin embargo, que no es culpa mía. Las familias acostumbran a adquirir un apellido, sin preocuparse demasiado de lo que sobre él puedan pensar sus sucesores.

El sentido del humor de Omega pareció divertir a Claire, que rió de buena gana, al tiempo que estrechaba su mano. Bridell se dijo que poco podía imaginar ella cuánto debía en realidad al hombre a quien saludaba en ese momento. Ni él podía revelárselo tampoco. Los dos estaban mirándose fijamente al fondo de los ojos, como estudiándose al conocerse. Parecía como si ella sufriera un leve estremecimiento, pero eso fue todo.

—Los amigos de Carter, son mis amigos —declaró Claire de buen grado—. Ahora que dejaré de ver al fin batas blancas y todo esto,

confío en poder prestar mi atención a mi prometido y a todo cuanto constituye su existencia actual. Ustedes, sus amigos, entran en ello. No sé de cuándo data su amistad, pero supongo que debe ser de hace tiempo, aunque no le haya visto antes.

—La amistad entre dos hombres, señorita Castle, es un poco como el tiempo mismo —sentenció suavemente Omega—. Un camarada da la vida por otro a quien ha conocido la víspera de una batalla trascendental, en la trinchera. O traiciona a un camarada con quien tiene años enteros de convivencia. Todo es relativo como los humanos, como sus circunstancias mismas. Le aseguro que yo soy un amigo auténtico de Carter Bridell. Haré por él cuanto esté en mi mano. Y él sabe que moriría gustosamente por él, aunque eso no tiene gran mérito en mi caso.

Una sonrisa sarcástica apoyó esas palabras, forzosamente oscuras para Claire. Luego, la conversación se hizo trivial. Y seguía siéndolo cuando los tres abandonaron el hospital de Chelsea, no lejos de donde, aquella misma madrugada, un grupo de alegres y ebrios enmascarados carnavalescos, encontraron el cadáver de un hombre llamado Omega. De un hombre que no podía morir y que, por tanto, resucitó.

Claire le trataba amablemente, cordialmente, afectuosamente. Claire Castle, que le debía la vida, que no poseía ya tumor alguno en su cuerpo condenado a morir en breve plazo, no podía saber lo que le debía. No podía saber nada de nada.

Y sin embargo...

* * *

—Y sin embargo, Carter, yo tenía que morir.

Acababa de decirlo con frialdad. Con una sencillez aterradora, que conmovió profundamente a Carter Bridell.

Ella, Claire, su Claire, la que no podía ni debía de saber nada, acababa de espetarle la gran verdad. La tremenda realidad que él y los médicos la ocultaron siempre.

—Claire... —jadeó roncamente Carter. Se quedó mirándola, aturdido, en la soledad del vasto recinto del Museo Cromwell, entre máscaras egipcias de oro, sarcófagos, escarabajos sagrados, objetos de arte o de historia de todo tipo, desde estatuillas a indumentarias, desde reproducciones de templos y deidades, a urnas repletas de elementos funerarios, guerreros o simplemente decorativos de toda

civilización antigua, desde Sumer a Tebas, desde Babilonia a Pekín.

—Por favor, querido. ¿A qué engañarnos? —dijo ella, con una triste sonrisa—. Estaba condenada a muerte. Lo sé. Lo he sabido siempre.

—¿Qué dices?

—Vi los informes médicos. Pude curiosear el fichero clínico, ver mis radiografías. Sé que padecía un tumor mortal. Sin remedio.

—Claire, si pensaras seriamente en eso, pensarías ahora en una mentira piadosa, en un engaño, en un fraude monstruoso haciéndote creer lo que no es —se defendió a la desesperada Carter, con un argumento contundente de lógica.

—Y lo pensaría, si no supiera que los médicos andan medio locos, que los especialistas no entienden nada, y que los informes clínicos de mi caso son lo más parecido a una perfecta olla de grillos —rió ella, sarcástica—. ¿Qué me dices a eso, Carter?

—Yo... Yo, Claire... ¿Qué puedo decirte? —gimió él—. Sabes que no es posible un milagro semejante. Por tanto, hubo un error médico, eso es todo.

—No, Carter. Los médicos pueden equivocarse. Incluso pueden confundir una radiografía, pero no diez. Ni un montón de análisis y de síntomas.

—Oh, Claire, entonces, ¿cómo explicarías algo así? Estás curada, ¿no? Es lo que cuenta.

—Claro. Es lo que cuenta. Estoy curada. Pero sé que no ha sido nada normal. Ni médico, ni quirúrgico. Ni un fármaco prodigioso que resuelva casos como el mío. Sencillamente, no tiene explicación para nadie.

—Pues no se la busques, entonces —sonrió Bridell, tratando de ser superficial.

—Dije: sin explicación para nadie. Pero no para mí.

—¿Es que para ti tiene explicación? —dudó Carter Bridell, pidiendo mentalmente al cielo que la respuesta de ella no fuese afirmativa, aunque sabía que no podía serlo.

Pero lo fue.

Fue afirmativa.

—Sí, Carter. Tiene explicación. Y esa explicación, tiene un solo nombre: Omega. Tu amigo Omega.

* * *

—De modo que ella lo supo.

—¡Es increíble, amigo mío! Inaudito por completo. Pero Claire sabe que te debe todo.

En silencio. Omega estudió a su compañero, que acababa de recibirle ahora en su despacho tranquilo, silencioso y recoleto, del Museo Cromwell de Historia. Rodeado de estatuillas, fotografías y reproducciones de viejas civilizaciones ya extinguidas, el propio Omega parecía un poco como llegado de otro tiempo, como una reliquia humana de algún otro remoto período de la Humanidad. Y quizá lo era, en el fondo

—Debí advertírtelo —dijo al fin, calmoso.

—Advertirme... ¿qué? —jadeó Bridell, estupefacto, parpadeando.

—Que ella era el motivo. El gran motivo.

—Pero el motivo, ¿de qué? —masculló él—. ¡No entiendo nada de lo que dices!

—¿Recuerdas algo de que hablamos ayer en tu casa? Entonces te dije que sabía que ibas a ayudarme, a serme útil. Ignoraba la razón, la causa que me movía a pensarlo así, puesto que tú no eres el hombre capacitado aparentemente para enfrentarse a los poderes siniestros de un ser como Zygorg, controlador a distancia de hombres-robot, de mecanismos humanos, de computadoras vivientes. Un ente capaz de dirigir a los demás, de controlar la vida y la muerte hasta cierto punto. Ahora sé por qué lo pensé. O, cuando menos, lo sé en parte.

—En parte. ¿A qué te refieres, Omega?

—A Claire. A tu prometida. A la muchacha a quien mi poder mental liberó de su tumor, aniquilando éste. Es ella, ¿entiendes? Ella puede vencer a Zygorg.

—¡Oh, cielos, no! Eso no tiene sentido. Ningún sentido.

—Dicho así, estoy de acuerdo contigo. No tiene sentido alguno.

Ni yo se lo veo aún. Pero está en algo, en alguna parte. Claire es el factor que puede inclinar la balanza de esta lucha. No sabría decirte si por sí misma 1 o con ayuda de... de «algo». No lo sé, la verdad. Todo es nebuloso en mi mente. Pero ayer, al conocerla en el hospital, lo supe. Lo leí en sus ojos. Y ella leyó en los míos. Nos comprendimos en el acto. Ella entendió. Ella supo que yo la había arrancado de las sombras. Ella me identificó. Supo que no era como los demás.

—Pero... ¡Pero Claire es una chica perfectamente normal! ¿Cómo pudo suceder eso?

—Claire no tiene por qué ser anormal, Bridell. Ella, simplemente, posee una sensibilidad superior a los demás. Es capaz de «ver» en el fondo de unas pupilas, si éstas tienen algo que decir. Sí, amigo mío. Nada de todo esto es casual. El destino juega con nosotros, sin importarle el Tiempo. Nos ha unido en una absurda noche de carnaval, entre máscaras. Y ha urdido una trama inverosímil con nuestras vidas y nuestros propios destinos, previamente señalados.

—Pero Zyborg está entre todo ello, no lo olvides —le recordó secamente Bridell.

—¿Cómo olvidarlo? —rió huecamente él—. ¿Cómo olvidar eso si ahora mismo tenemos aquí dentro, en el museo, al enemigo?

—¿A... A los robots? —jadeó Carter, palideciendo, Miró en torno, angustiado, abriendo mucho los ojos—. ¿A otra forma de vida desconocida?

—No —negó roncamente Omega, el hombre que vivió y murió mil veces a lo largo de la Historia del Hombre—. Creo que esta vez, amigo Bridell, tenemos aquí al propio Zyborg.

SEGUNDA PARTE

Z Y B O R G

CAPITULO PRIMERO

¡Zyborg!

«El propio Zyborg», había dicho Omega.

Carter Bridell sintió un escalofrío que recorrió su espina dorsal y murió en la nuca, en un erizar de cabellos.

Estaba allí. En el Museo. Cerca de ellos.

—¿Dónde? —jadeó, ronca la voz, mirando en torno con angustia, con tensión—. ¿Dónde está ese ser ahora?

—No está lejos. Puedo intuirle. Como él puede localizarme a mí a través de sus circuitos mentales. Yo le capto de un modo intuitivo. Es como olfatear una presa. Como captar a través de unas inexistentes antenas. Ahí, en alguna parte, inmediato a nosotros, acechándonos está «él».

—«El» —repitió Carter—. Siento curiosidad, ardo en de saber cómo es.

—Es preferible que no lo sepas —susurró su amigo—, nunca llegases a verle frente a ti. Pero eso, ahora, es ya imposible, casi, de todo punto.

Hizo un gesto reclamando silencio, cuando observó que Bridell iba a hablar. Evidentemente, todos sus sentidos se centraban en algo. En aquella detección del odiado enemigo, del adversario implacable de las sombras, el personaje que tenía nombre de computadora humana y que, tal vez, era peor aún que todo eso, a juzgar por su manipulación con cadáveres vivientes, los terribles zombies de ojos dorados, y de sus poderes mentales, para perseguir implacablemente a Omega, el hombre que poseía el gran secreto de la Vida y de la Muerte.

Carter hizo un gesto ostensible, como preguntándole qué debía hacer. Le señaló hacia una panoplia del muro del museo, donde se alineaban armas de fuego hasta de 1800, y Omega miró en esa dirección, apresurándose a negar con la cabeza.

—No —jadeó—. Con «él», no valen las armas. No esas armas... ni parecidas.

Era estremecedor. Bridell empezaba a sentir miedo, en el silencio y soledad del museo, solos ellos dos, frente a un adversario contra quien nada podía hacer un arma de fuego.

La idea terrible se le ocurrió de repente. Y con una convulsión de horror, indagó:

—¿No es... no es humano?

Omega le miró, tenso. Parecía disgustarle el diálogo ahora, aunque breve y cortante. Pero aun así replicó: —No. No es humano.

Y luego, con ojos profundos, centelleantes, que eran todo un presagio, señaló con mano firme, sin un temblor.

Señaló a un punto, a espaldas de Carter Bridell.

* * *

Claire abrió la carta, sin saber que en ese preciso momento, tanto su remitente como su propio prometido, Carter Bridell, se hallaban frente a un peligro mortal, alucinante, surgido de las tinieblas, del Tiempo y del Espacio.

Claire había recibido la carta momentos antes, al abrir el buzón de su vivienda, en el corazón de Paddington. Y sin reconocer la letra del sobre, que nunca había visto antes de ahora, supo de quién procedía.

Supo que, por alguna misteriosa razón, Omega, el amigo de su prometido, la había escrito a ella. Sin decírselo siquiera a Carter.

A pesar de ello, no pensó mal. No podía pensar equívocamente de aquel hombre, a quien sabía que debía la vida, la ausencia del dolor, la vecindad siniestra de la muerte.

Y muy despacio, pensativa y preocupada, rasgó el sobre, disponiéndose a averiguar qué quería revelarles tan privadamente el misterioso personaje de la noche de Carnaval, el hombre que parecía tener poderes para salvar a un enfermo desahuciado, sólo con desearlo.

No esperaba una carta muy larga. Aun así, le sorprendió la brevedad del mensaje, escrito con letra afilada, culta, clara y firme.

Era la letra de alguien con seguridad en sí mismo. Alguien que siempre sabía por qué hacía las cosas.

Empezó a leer, en la soledad de su alcoba.

«Querida Claire: »La habré sorprendido con esta carta. Sé que habrá reconocido con rapidez mi letra. Sabe quién ha escrito esto. Usted me comprende y lee en mí. Tiene esa facultad, como yo tengo otras. Lo comprendí cuando nos cruzamos las miradas por primera vez. Usted supo en el acto que yo no era como los demás hombres. »La escribo a usted por eso. Y porque es mujer. Lo entenderá mejor que Carter, mi buen amigo, que tanto la ama. Porque quizá él nunca entendería mi problema, mi gran problema en este mundo.

»Yo también estuve enamorado. Y lo estoy, como lo está él. Pero no tengo su fortuna. Mi amada no existe. Ya no. Ella pasó, se perdió en el pasado. Nada pude hacer por retenerla junto a mí. No poseo ese poder sobre los demás. Sólo sobre mí mismo. Los seres a quienes amo mueren... y yo sigo. Es mi calvario. Mi interminable pesadilla. Quiero morir, Claire. Deseo morir. Necesito morir.

»Y sólo usted posee el medio, estoy seguro. Trate de pensar. No sé cómo, usted será quien termine con mi vida. Le parecerá monstruoso, horrible. Pero créame; no lo es. Por el contrario, sólo deseo terminar. Descansar, Claire. »Y entonces estaré, por fin, junto a ella. Junto a la mujer que amé, y que reposa eternamente. Le hice una promesa antes de morir ella. Le juré que un día, no sabía aún cómo, iría hasta ella, para reunimos por el resto de los tiempos. Ella dudó. No creía posible que yo, el Inmortal, pudiese perecer alguna vez. Murió dudando. Sufriendo por no poder irse del mundo conmigo, por no tener siquiera el consuelo de que, más allá de esta vida, nos juntaríamos al fin, como todos los que se aman.

»Claire, confío en usted. Es quien puede ayudarme. Es quien tiene la clave de mi vida y de mi muerte. El destino la puso en mi senda. Y le repito, no sé aún

cómo. Ni por qué. »Por favor, piense en ello. Y si, llegado el momento, Carter duda, llevado por un natural escrúpulo de amigo, usted, amiga mía, no dude. Sabrá que vale la pena. Que yo y ella se lo agradeceremos eternamente, allá donde nos reunamos al fin.

»Su amigo que sólo confía en usted,

»Omega. »

»La más asombrosa, patética e inverosímil carta jamás escrita, cayó lentamente de entre los dedos de Claire Castle, como una hoja otoñal arrastrada por un viento sutil, melancólico.

Los ojos de ella estaban húmedos. Temblaron sus labios y su mano. Miró al vacío, pensando.

Pensando en algo hermoso, poético, más allá de toda imaginación y de todo materialismo humano. En su amor sublime, inspirado en la unión espiritual de dos seres condenados a no poder reposar juntos en la eternidad.

Pensando en que quizá lo peor que podría sucederle al Hombre, sería hallar la inmortalidad, la vida eterna.

Y se preguntó cómo podría ella, débil mujer sin recursos, ayudar a un hombre que no podía morir, a reunirse con su amada, desaparecida ya en la noche de los tiempos, sólo Dios sabía en qué lejana época, durante una de las mil vidas del hombre llamado Omega.

Se lo preguntó, angustiada, sin saber que en esos precisos momentos, una amenaza mucho peor que la misma muerte, tan ansiosamente anhelada, amenazaba al remitente de la carta.

Porque para él, morir era la liberación.

Y caer en poder de alguien llamado Zyborg... era la más feroz, alucinante y dolorosa esclavitud jamás imaginada.

Pero, al mismo tiempo, era acaso la ruina de la Humanidad toda.

* * *

Carter Bridell se volvió lentamente, presintiendo lo peor.

Sabiendo que, por fin, se iba a encontrar cara a cara con Zyborg, el misterioso ser que, según Omega, ni siquiera era humano.

Realmente, Bridell no sabía lo que iba a encontrarse. Pero estaba seguro de que no podía ser nada normal. Nada real, nada parecido a cuanto él conocía, a cuanto le rodeaba en el mundo.

Quizá por eso se llevó tal decepción. Quizá por eso, asombrado, contempló a quien acababa de entrar en el amplio recinto del museo, sin producir ruido, sin saberse cómo pudo franquear las puertas de seguridad del establecimiento, para detenerse allí, frente a ellos dos.

—Cielos... —susurró Carter—. Después de todo es un hombre.

Omega no decía nada. Contemplaba, fija su mirada, a aquel personaje decepcionante. Y éste le contemplaba a él. Apenas si se dignó dirigir una leve ojeada de soslayo a Carter Bridell.

—No puede ser Zyborg... —masculló Bridell.

—Sí. Soy Zyborg —rió la voz del recién llegado— ¿Verdad, Omega?

—Claro. Lo es, Bridell —afirmó de mala gana el Inmortal—. Yo lo sé.

—Dijiste... Dijiste que no era humano... —protestó Carter.

—Y no lo es. En absoluto. Sólo lo aparenta. Es... una envoltura ficticia. Ocupa un cuerpo que no es el suyo, simplemente.

—¿Ocupa un cuerpo? —se estremeció Bridell, alucinado.

—Eso dije. Y dije bien. Es un hombre que nada tiene que ver con Zyborg. Una de sus desdichadas victimas.

—¿Quieres decir que... que ese hombre...? —Bridell señaló al propio Zyborg, con dedo tembloroso—. ¿Que ese hombre... es un simple cadáver viviente, dentro del cual se aloja Zyborg?

—Eso refleja muy bien los hechos —la voz del hombre sonó hueca, sardónica. Los ojos oscuros del hombre de mediana edad y cabellos canosos, plateados, brillaban con una luz que quizá no fuese realmente humana—. Sí, utilizo un cuerpo carente ya de vida humana, que es la única forma inteligente de vida que usted entiende, Bridell. No puedo andar por ahí con mi verdadera apariencia física, con mi identidad real. Los hombres no están preparados aún para eso.

—Ni lo estarán nunca, Zygorg. Eres demasiado horrible, demasiado monstruoso para que la gente te vea cara a cara y te acepte como a un ser con el cual convivir. Además, tú no deseas convivir con nadie, sino destruir, aniquilar...

—Por el contrario, Omega. Deseo crear, edificar algo nuevo —le replicó suavemente el que podía pasar en cualquier parte por un correcto *gentleman* británico, y sin embargo, era un ente indescriptible, algo o alguien que horrorizaría a los demás, si fuese posible verle en su exacta dimensión—. El imperio de Zygorg, ¿ya lo has olvidado?

—¿Olvidarlo? ¡Tu imperio, Zygorg! —Omega soltó una agria carcajada—. La más horrenda y delirante de las conspiraciones para transformar el mundo en un inmenso cementerio, para alzar un gran mausoleo de millones de cadáveres vivientes... ¿Es eso lo que pretendes hacer en realidad? ¿Hacer de cada hombre y cada mujer un monigote, una marioneta horrible, un simple cuerpo vacío, sin cerebro, con unos electrodos o cosa parecida dentro de su cráneo, con unos ojos de material sensible a tus ondas mentales, a tus órdenes a distancia, computados en sus acciones, movidos por hilos invisibles que sólo tú manejas? ¿Es eso lo que deseas que el mundo sea alguna vez?

—Es lo que el mundo será —prometió él fríamente.

—Pudiera serlo, Zygorg. Pero estoy yo.

—Tú... —le miró, extraño, inquietante—. Te necesito. Más que a nadie. Omega. Y lo sabes bien. Te tengo casi vencido. Terminaré vencéndote, estoy seguro de eso. Tu cerebro será la fuente de mi nueva sabiduría. Descubriré el secreto de la vida y de la muerte, el don prodigioso de la inmortalidad. Es lo único que necesito, lo sabes. No puedo luchar con el Tiempo. Los años, los siglos... Envejezco implacablemente. Sabes que mi tiempo llegará a agotarse, si antes no obtengo de ti lo supremo que los humanos podrían darme, lo que ninguna raza cósmica posee ni poseyó jamás: ¡la Vida Eterna! La inmortalidad física y mental, Omega. Vivir en ti, absorber tus dones, conocer cuanto tú conoces... Te resistes. Tu mente y tu cuerpo luchan, tu voluntad no cede. Pero estás llegando al límite de la resistencia. Te voy a vencer. Lo sabes.

—No me has vencido aún —rechazó despectivo Omega—. Creíste haberlo logrado ya en otras ocasiones, ¿recuerdas? En la batalla de Gettysburg, en el Londres ochocentista, cuando mi última «muerte»... Lo mismo que ya anteriormente lo pensaste, allá en las Guerras Samnitas (1[3]), en Troya, en Asia Central, con Alejandro Magno... Y

siempre has fracasado. Siempre, Zygorg... hasta nuestros días.

—Ahora va a ser diferente. Es la última oportunidad. Sé que si vuelves a morir, ya no dispondré de tiempo suficiente para esperarte de nuevo.

—Como esperabas la noche de Carnaval, ciento veinte años más tarde de mi muerte, en el mismo lugar del Támesis, donde sabrías que me materializaría de nuevo —rió despectivo Omega, en aquel alucinante, demencial diálogo que mantenía mudo y aterrado a Carter Bridell, su excepcional, privilegiado testigo único—. Con aquel absurdo hábito de monje enlutado, con la faz de la Muerte, como una máscara más...

—Cielos, ¿era él? —tartamudeó Carter, sorprendido, dando unos pasos hasta donde una estatua dorada de una deidad egipcia mantenía en sus manos la Cruz Ansata—. El caballero que se perdió en la niebla...

—Sí, era él —afirmó Omega—. Siempre es él... Al acecho, a la espera de mi fracaso, de mi derrota final.

—Te venceré. Lo sabes. Mi triunfo está cercano. Lo veo en tus ojos.

—Pero... Pero entonces... si la persecución data de hace siglos... —terció Bridell, mirando a ambos—. Significa... Significa que también usted, Zygorg... es inmortal...

—¿Inmortal? ¡Oh, no! —la carcajada de aquel ser humano, convertido en envoltura o recipiente de lo que pudiera ser el auténtico Zygorg, resonó acre— Sólo que mi vida tiene diferente dimensión a la de los humanos. Siglos enteros de existencia. Tiempo diferente, otra forma de vida... Pero también nacemos y morimos. Vuestros siglos son nuestros años... Con el secreto de Omega seré realmente inmortal. Hasta sobrepasar el propio fin de los tiempos.

—Eso significa que Zygorg... llegó de otros mundos —sentenció Bridell, atónito.

—Más que eso —suspiró Omega—. De otros sistemas solares, de otras Galaxias, de otros Universos, incluso. Más allá de donde los conceptos del hombre tienen validez. Más allá de lo que puede ser imaginado y medido. Más allá del propio Cosmos que podemos ver y conocer a través de la moderna Ciencia... Siempre más lejos. Más lejos... Donde no existe la luz, ni el día ni la noche, ni los sentimientos, ni el espíritu tal vez... O donde todo eso es diferente.

Diferente y horrible, Bridell...

Hubo un silencio. Carter se pasó la mano por el rostro, trémulo y sudoroso. Contempló al fantástico y enigmático ser de otros confines cósmicos, tratando en vano de imaginarse cómo era, qué era, exactamente, aparte de pura inteligencia, de sutil maldad, de mentalidad poderosa y devastadora, capaz de robar cerebros, vidas, cuerpos vivientes, y convertirlos en simples máquinas, en robots, en peles...

—He venido a advertirte, Omega —habló Zyborg, tras aquel silencio tenso y cargado—. Por última vez...

—¿Advertirme? —replicó incisivo el Inmortal—. ¿De qué, Zyborg?

—De mi ataque final. Pudisteis vencer a mis robots, a mi materia viviente, que me obedece de modo ciego... Pero no vencerás mi último golpe, el decisivo. Ni siquiera tú, Omega, hombre de vida eterna, puedes ser más fuerte que Zyborg, creador de mundos, imperios y formas de vida. Mi inteligencia supera todo lo imaginable. Mis poderes no pueden ser frenados. Mi mente no puede ser doblegada ni atacada por nadie, ni siquiera por ti.

—Pero hasta hoy, tú no pudiste poseer mi mente, penetrar en mí y descubrir mis debilidades —le replicó Omega—. Puedes manejar a todos como peles, como simples marionetas de tu fuerza mental. Sólo que... yo resisto. Mi cerebro se aísla. Se bloquea. Rechaza tus ataques cerebrales, tus ondas destructoras. Incluso cuando una de mis vidas se agota y parece que yo muera, para reposar un tiempo y seguir mi ciclo vital inexorable, a lo largo de los siglos, sigo siendo dueño de mi mente y de mi cuerpo. Y tú no llegas a dominarme, a ser mi dueño, el que maneje los hilos de mi larga vida, Zyborg. Ese es tu fracaso, tu gran fracaso.

—Eso terminará hoy. Esta noche.

—¿Esta noche? —rió despectivo Omega—. Nunca fijaste un plazo...

—Es diferente ahora. Sé que puedo hacerlo. Será esta noche, Omega. Iré por ti. Y sé que esta vez no podrás resistir ni luchar. Habrás sido vencido.

El Inmortal pareció preocupado por algo. Miró muy fijo a su interlocutor. El gesto era sombrío.

—Nunca has sido presuntuoso, Zygorg. Ese no es uno de tus defectos —silabeó.

—Exacto. Por tanto, sabes que digo verdad. Iré por ti. Está señalado. No puedes hacer nada.

—¿Qué pretendes? ¿Qué oculta tu mente perversa?

—Sabes que no puedo decírtelo. Es mi arma secreta. La única que te vencerá, pese a todo. Romperé el bloqueo mental de tu cerebro. Alcanzaré el fondo de tu mente con mis ondas. Te captaré por completo. Y te haré mi fiel servidor. Mi esclavo. Mi robot humano máspreciado.

—¡Nunca, Zygorg!

—Sí, Omega. Esta noche. Esta misma noche... —rió Zygorg, irónico, inclinando su cabeza canosa, de imperturbable caballero británico. Luego miró de soslayo a Bridell—. Puedes estar solo o con tu miserable amigo actual. No importa nada. Sabes que nadie importa, cuando Zygorg tiene los triunfos en su mano.

—Está mintiendo, Omega —se atrevió a exclamar Carter, agresivo—. ¿No ves que fanfarronea, que está alardeando de una seguridad que no posee? ¡El no te vencerá jamás, y lo sabe! ¡No puede vencernos, si luchamos unidos y...!

Mientras hablaba, lleno de énfasis y de furia, Carter cometió un grave error.

Y, rápido, Zygorg pasó al ataque.

CAPITULO II

—¡Quieto! —rugió con su humana voz prestada el ser de remotos confines galácticos, el ente poderoso llegado de las estrellas en un lejano pasado—. ¡Quieto, necio! ¿Qué pretendes?

—¡No, Carter, eso no! —se apresuró a gritar Omega—. ¡Zyborg, no le dañes!

Bridell se detuvo en seco. Pareció chocar con algo. Con un muro invisible, que se interponía entre él y Zyborg. Su rostro, sus manos, chocaron en una superficie helada, intangible, pero que estaba allí, que le impedía avanzar.

Un frío profundo invadió su cuerpo, le hirió el cerebro con millares de agujas gélidas. Sintió que se envaraba, que su mente se acorchaba, que algo, en oleadas, penetraba bajo la bóveda de su cráneo, hundiéndole en una confusión oscura, en un abismo de frío y de muerte.

No podía verse a sí mismo. Ni siquiera veía ya a Omega o a Zyborg. Pero de haberse podido ver en un espejo, hubiera descubierto, atónito, que se había vuelto azul. Intensamente azul, como si un tinte de lapislázuli envolviera su piel.

—No, Zyborg —silabeó Omega—. Detente. No le hagas morir.

—No es la muerte —rió el ser de otros mundos—. Es pasar a otra vida diferente. En pocos momentos, mi mente moldeará unos ojos dorados, con un solo deseo, haciendo materia de los pensamientos... Y su cerebro quedará vacío, substituido por mi propia voluntad, dueña y señora de su memoria, de sus actos, de sus reflejos e instintos... Todo lo demás, quedará borrado, sólo con desearlo yo...

—Lo sé, Zyborg. Pero no debes hacerlo. Detente ya. Vuelve a la vida normal a Bridell. El no te hizo daño alguno. No supo valorar tu poder.

—Se ha unido a ti. Estás ayudándole. A él y a su novia, lo sé. Es ridículo. ¿Qué esperas de ellos? Son débiles humanos como cualquier otro. Vulgares y torpes. Ya ves lo fácil que es para mí dejarte solo. Sin amigos. Sin nadie.

—Te he pedido que le dejes libre. Que no sigas.

—¿Por qué he de aceptar lo que tú pides? —se encogió de hombros Zygorg—. Soy el más fuerte. Y soy tu adversario. Lo seré hasta esta noche, en que la victoria final será mía, y el secreto de la inmortalidad de tu mente, será mío. Puedo aniquilar, si lo deseo, a ese hombre. Y lo voy a hacer. Me divierte la idea.

Omega nada dijo. Estaba erguido ante Zygorg, contemplando el estado desesperado, de congelación y de impotencia, a que era sometido su amigo.

Súbitamente, Omega centró sus ojos en la figura de Carter. Cerró los párpados. Concentró su mente en un solo punto. El cerebro de Bridell. Sus células vitales, su voluntad...

Fue como el choque de dos potencias antagónicas, en el campo experimental que era el cerebro de Bridell. Este se agitó, convulso. Omega seguía sin mirar, pero era como si sus pupilas taladrasen sus cerrados párpados, llegando como dos rayos de luz vivificante hasta el fondo de la mente de Bridell.

Un silencio de muerte reinó en la sala del Museo Cromwell.

Finalmente, uno de ellos cedió.

* * *

—Está bien —dijo el vencido de mala gana—. Tú eres más fuerte por esta vez...

El tono azul de la piel de Bridell se diluyó. Volvió el color natural a sus mejillas, el aspecto normal a su rostro y manos. Pareció salir de un trance o de un sueño cataléptico.

Sus ojos se animaron de nuevo con una luz sensible. Miró a ambos. Pareció flotar, intentar salir de un marasmo profundo, con dificultad.

—¿Qué... qué ha sucedido? —jadeó.

—Tu amigo —dijo fríamente Zygorg—. Le debes la vida. Lo poco que vales, continuas siendo algo, gracias a él. Puedes estarle reconocido, Bridell. Pero no vuelvas a tentar la suerte. No eres nadie. No eres nada. Puedo destruirte sólo con pensar que así debe ser. Te enfrentas a fuerzas que desconoces, estúpido.

Luego, muy lentamente, paseó hasta situarse cerca del silencioso Omega. Le miró, y el Inmortal le miró a él.

—Aún puedo vencerte, Zygorg —le recordó Omega, glacial.

—Cierto. Posees un cerebro astuto y poderoso. Lo supe siempre. El simple hecho de que seas el único habitante del planeta Tierra por el que transcurren los siglos sin dejar la más leve huella, y que así esté dispuesto que sea hasta el fin del tiempo, ya revela que eres un elegido. No sé si lo fuiste por medios naturales, científicos o divinos. Es algo que desconozco sobre ti. Algo que nunca he podido llegar a averiguar, porque tu mente guarda celosamente el secreto en lo más recóndito de la misma. Y te niegas a que yo llegue a ese punto, por si él es el que me aclara el gran enigma. Lo que sí sé, es que eres un privilegiado, un ser superior. Y eso me hace sentir más deseos de vencerte, de dominarte, de obtener tu sabiduría y tu poder. Con eso y con mi mente suprema, el Universo todo será mío. Los planetas serán mundos de marionetas, los sistemas solares serán escenarios del más gigantesco guiñol jamás montado.

—Deliras, Zygorg. Eso nunca será.

—¿Nunca? —entornó los ojos el monstruo—. No, Omega. Sí será. Hoy. Esta noche. No lo olvides. Estés donde estés, a las doce en punto, cuando un día deja su paso al otro... yo iré a tu encuentro. Y será el último choque. Será mi victoria final. Nunca he alardeado de nada. Ahora, menos que nunca. No lo dudes. La inmortalidad será mía. Y tú... serás solamente mi primera marioneta, la más valiosa de todas...

Una hueca risa brotó de los labios de aquel cuerpo humano prestado, en cuyo interior se encerraba el misterio viviente de otros universos no imaginados nunca por el hombre.

Luego, Zygorg se encaminó tranquilamente a la salida del museo.

Carter Bridell le contempló en silencio. Quiso moverse, ir tras él...

—No. Quieto —le interrumpió Omega—. No lo hagas.

—Ese hombre... o lo que sea... —musitó Carter—. ¿Adónde va ahora?

—Nadie lo sabe. Se oculta mientras así lo desea. O abandona el cuerpo que ocupa, Hasta elegir otro medio de presentarse.

—El cuerpo que ocupa... Omega, ¿como es, realmente, ese monstruo? Me refiero a... a su aspecto real, al primitivo. ¿Le viste alguna vez?

—Sólo mentalmente pude verlo. No podría explicártelo —sacudió la cabeza—. Es... es algo inconcebible para el hombre. Algo que no

encaja en nuestros conceptos ni en nuestras ideas. Cerebro puro, inteligencia total, una materia viviente que... No, Bridell, no. Es imposible. No se puede definir. Ni merece la pena intentarlo. Sencillamente, es distinto. Es... otra cosa.

—Ya —demudado, Carter sacudió la cabeza. Recordó algo—. Gracias una vez más, Omega. Me salvaste de morir a sus manos...

—Morir es mejor que correr la suerte que Zygorg reserva a sus enemigos —suspiró el Inmortal—. Cometiste un error, eso es todo. Me resultó difícil vencerle. Creo que sólo una cosa lo logró: Mi voluntad de salvarte. Y acaso, en el fondo, un poco también tu ayuda.

—¿Mi ayuda? Nada podía hacer yo.

—Aun así, en cada mente humana existe siempre una zona que lucha, que se rebela a ser vencida. Esa débil voluntad puede fortalecerse para evitar que la inteligencia del ser humano se convierta en un vacío poseído por la mente de ese monstruo. Ahora, Bridell, vámonos de aquí. Debo pensar algo, preparar algo...

—¿De veras crees que él vendrá esta noche, y que tiene alguna posibilidad de vencerte realmente? —dudó Carter, escéptico.

—No es eso lo que pienso, amigo mío —declaró Omega con lentitud—. No es que imagine que tiene alguna posibilidad de vencerme. Es que va a vencerme, Bridell...

* * *

—¿Vencerle? ¡Oh, no, no es posible!

—Lo es, Claire. Esta noche sucederá, si no ocurre un milagro.

—¿Y no puede ocurrir ese milagro? Usted es tan poderoso, Omega...

—Claire, mis poderes tienen su límite. Zygorg es ese límite. Cuando él afirma que tiene el arma para vencerme, no creo que esté alardeando. Sería ridículo hacerlo, en su situación. Es demasiado fuerte, demasiado poderoso para fanfarronear.

—Pero... ¡Pero usted tiene que hacer algo por evitarlo!

—No puedo, Claire. No puedo. Si él está seguro de vencer, vencerá. Temía eso desde nace tiempo. Tenía que suceder. Si al menos hubiese podido morir antes de que él venciera... mi inmortalidad

jamás sería absorbida.

—¿Puede él... absorber esa inmortalidad?

—Si su mente llega adonde yo conservo el gran secreto de la Vida y de la Muerte, si lee en mis pensamientos más recónditos, como hará sin dificultades una vez me domine a su antojo, sabrá cómo vivir siempre, cómo ser inmortal. Y ésa será la peor desgracia para el ser humano, para los mundos inteligentes habitados. Claire, esa forma de vida llegada a la Tierra en la Prehistoria del Hombre, tiene ya su tiempo contado. Para usted, para Bridell, aún es mucho tiempo el que le queda. Pero no lo suficiente para ser amo de todo. Si logra la vida eterna, dispondrá de esa eternidad para alcanzar el dominio de éste y de todos los Universos imaginables.

—Y si usted muere...

—Si muero, él habrá perdido definitivamente su gran oportunidad. Mi cerebro muerto, de nada le serviría ya.

—Omega, usted que tanto desea morir, usted que posee ese secreto supremo de vivir y de morir..., ¿por qué no puede decidir su propio fin?

—Porque me está vedado —suspiró lentamente él—. Obtuve algo que nunca me debió de ser concedido. Entonces me creí el más grande y feliz de los seres vivientes. Había dejado de ser mortal. Conocería la inmensidad de los tiempos y de las épocas. Ignoraba entonces que la fatiga, el cansancio, la amargura y el propio amor hacia seres que se perdieron en mi pasado, acabarían por hacerme desear ese auténtico descanso final. Para entonces, ya no me era posible volver atrás. Era la condición previa. Una vez aceptada la inmortalidad, debía afrontarla hasta sus últimas consecuencias,

—¿Quién le concedió ese poder, Omega? ¿Dios... o el diablo?

—A veces, ni yo mismo lo sé —desvió la mirada de Claire Castle, fijándola en el vacío, en el atardecer sin estrellas, neblinoso y triste. Ambos paseaban por Hyde Park, lentamente, mientras desgranaban las palabras de su charla, tras haber dejado Claire el coche con el que acudió a su encuentro, a la entrada del amplio parque londinense—. Y créame, Claire, amiga mía; vale más que no lo sepa usted tampoco. Es un secreto demasiado terrible para entrar en conocimiento de él. Es algo que debe morir conmigo... si es que yo muero...

Ella inclinó la cabeza. La tarde era húmeda, pero no llovía. El sendero crujía suavemente bajo sus pies. A Claire le parecía increíble,

fantástico, estar allí hablando con un hombre arrogante, grave y atractivo como aquél, en un ambiente tan normal, tan cotidiano y vulgar, aludiendo a temas tan fabulosos como la vida extraterrestre la inmortalidad y el futuro de los humanos. Y, sin embargo, todo aquello dependía de un solo hombre: Omega. Y quizá, quizá, un poco también de ella misma...

—Su carta me llenó de perplejidad —dijo de pronto, rompiendo la pausa.

—Lo supongo —él continuó sus pasos breves y secos—. Debe perdonarme.

—No hay nada que perdonar. Me conmovió su sinceridad conmigo.

—Hubiera querido decírselo delante de Carter. Pero él es demasiado... materialista. No sé si lo entendería.

—Tiene razón. No lo entendería. Yo, sí.

—Lo sabía —inclinó la cabeza de cabello oscuro, largo, rebelde. Sus ojos insondables, ojos que sabían de siglos, de centurias, de pueblos, de gentes, de razas, de guerras y de muertes de conquistas y de gestas de viajes y de desastres, eludían mirar a Claire.

—Omega...

—¿Sí?

—¿Quién... quién fue ella? —musitó.

Otro silencio. Unos pasos más por Hyde Park. De repente, él se detuvo. Alzó la cabeza. Su mirada de siglos se fijó en ella, penetrante. Los labios dibujaron una sombra de sonrisa amarga. Hubo algo lejano y hermético en su gesto. También algo tierno, entrañable...

—¿Cree que importa eso? —susurró.

—Me gustaría tanto... saberlo.

—Era una mujer hermosa. La más hermosa que jamás conocí. Y he conocido a muchas, desde Babilonia a París, desde Troya a Eldorado, desde la Atlántida a Nueva York...

—¡Dios mío! Resulta increíble oír todo eso. Sin embargo, sé que así ha sido.

—Sí, así ha sido. Y aun de ese modo, ella era la más bella de

todas. La más adorable. La más, inteligente y sensible. La única que me comprendió, que supo cuán imposible era esperarme en la Eternidad, porque yo nunca iría allí con ella...

—Pero Omega, ella... ella, ¿cuándo?

—¿Cuándo existió en esta vida? —la pregunta, al completarla él, sonó amarga, como dolorida.

—Sí, sí... Eso me gustaría saber. En qué momento del pasado, ella...

—¿Qué más da, Claire? Pudo ser hace sólo unos años. O quizá diez siglos. O veinte. O antes de que Cristo pasara ante mis ojos maravillados, llenos de su luz, allá en Jerusalén, un remoto día de la Pascua del Sanedrín... ¿Qué importa, Claire? Fue una mujer oscura. Su nombre no dejó huella en la Historia. Sólo lo dejó en mí.

—Al menos... su nombre.

—Su nombre... —suspiró él—. El más simple de todos. El de la primera mujer conocida. Es sólo un nombre. Hubo muchas llamadas igual. Y las hay todavía.

—¿Eva?

—Eva, sí... —sus ojos se entornaron, doloridos—. Eva... Lo demás, importa poco. Deje que yo conserve ese secreto conmigo. Su tiempo, su momento, su vida, su época... Todo eso quedó ya muy atrás. Los que existieron cuando ella existió, tampoco existen ya. Nadie piensa en ellos, nadie recuerda a nadie. Sólo yo... a Eva.

—Y esté donde esté ahora, Eva piensa en usted. Y le espera...

—¡Me espera. En vano. Por los siglos de los siglos, Claire... —se estremeció Omega. Miró a la niebla londinense, cada vez más densa en torno—. Se hace fría la tarde. ¿Volvemos?

—Sí, volvamos.

Regresaron al automóvil. Hyde Park quedó atrás. Descendieron hacia Piccadilly, para buscar Bloomsbury, a través de Charing Cross Road.

—Espero que Carter tenga todo a punto para la cena de hoy —murmuró Claire, pensativa, poniendo el coche en marcha, tras el cambio de un semáforo.

—La cena... —sonrió Omega—. La última, Claire.

—No hable así, por Dios.

—Es inexorable. Será la última. Por eso les pedí que la celebráramos juntos. Esto es el fin para un hombre llamado Omega.

—¿El fin? Creí que usted no tenía fin.

—Mi fin se llama Zyborg. Vendrá por mí puntual. Como si fuese el propio diablo, para llevarse un alma condenada.

—¿Sin solución posible?

—Sin solución posible. Lo presiento. Sólo...

—Sólo..., ¿qué?

—Sólo... morir.

—¡Oh, sí! Lo dijo antes —dobló hacia New Oxford Street. Arrugó su delicioso ceño, con aire reflexivo—. Usted decía en su carta... que yo podía darle la muerte.

—Sí, eso dije.

—Es una idea horrible, pero he pensado en ella varias veces.

—Le parece horrible, porque tiene un concepto diferente de la muerte al que yo tengo. Para mí, es la liberación, Claire. Y la esperanza para los hombres. La esperanza en que seres o formas de vida como Zyborg nunca destruyan la sociedad humana, con todos sus defectos y virtudes.

—Morir... Es una tremenda solución.

—Pero una solución, después de todo —sonrió amargamente él—. Y significarla ir hacia Eva. Reunimos al fin. Reposar juntos, en alguna parte, más allá de la vida y del mundo.

—Aunque sea así, aunque yo supiera que su muerte es su felicidad, y la de Eva, y la de tantos y tantos seres..., ¿cómo podría acabar yo con su vida, si está sentenciado a disfrutarla eternamente, Omega?

—Esa es la cuestión. Sé que puede hacerlo, es todo.

—Pero, ¿cómo? —protestó ella.

—No me lo pregunte. Lo ignoro. Tengo esa certeza. La tuve desde

el principio. Es algo que está más allá del entendimiento y de la razón. Pero tal vez todo suceda esta noche, sin que usted haya tenido ocasión siquiera de sospecharlo.

—No puedo matarle. No sé hacerlo. Y aunque supiera cómo... algo en mí se resistiría. No le podría destruir, aunque sé que es lo que más desea en el mundo. Luego, mi conciencia me remordería durante toda mi vida. Ya no sería la misma.

—Sé lo que siente. Y eso es lo que más me preocupa. Su propia conciencia es su freno. Si hallara el modo de liberarse de ese tremendo concepto en que tiene a la muerte de un hombre que se cansó ya de vivir hace siglos tal vez esta noche... pudiera liberarme justo cuando Zylborg estaría a punto de triunfar...

Claire condujo en silencio. Se aproximaban a la confortable vivienda de Carter Bridell en Bloomsbury. Ella musitó, antes de aparcar frente a la casa:

—Me pregunto cómo puede una débil mujer, vulgar y corriente, matar a un inmortal...

Omega sonrió. No dijo nada. Poco después entraban en la casa.

Y allá, en una esquina, envuelto por la niebla de la tarde y entre la media claridad lívida de los primeros faroles de alumbrado encendidos en las húmedas calles de Londres, unos ojos humanos, pero que en el fondo poco de humano tenían realmente, se fijaban en ambos, en la puerta de la vivienda de Bridell, que se cerraba lenta, muy lentamente...

Luego, la figura envuelta en un largo abrigo negro, impecable, se alejó despacio. Pasó bajo un gran reloj de cifras romanas, muestra en la puerta de una joyería. Marcaba las ocho menos veinte minutos.

Una sonrisa maligna flotó en los labios de un hombre elegante, canoso, con aire de *gentleman* británico cien por cien.

Era la sonrisa de «algo» que ocupaba aquel cuerpo robado. La sonrisa de un triunfo ya cercano, sobre el hombre que había alcanzado la inmortalidad.

CAPITULO III

El champaña se derramó sobre las copas, burbujeante.

Rieron los tres. Alzaron las copas, y las entrechocaron ruidosamente, en la intimidad confortable del gabinete, frente a los leños chisporroteantes del hogar.

—Por nosotros —dijo Bridell—. Por los tres.

—Por mis últimos amigos —brindó lúgubremente Omega—. Y que sea para bien...

Bebieron. Claire dejó su copa, pensativa. Bridell se había ensombrecido nuevamente, a la alusión de su invitado. El reloj de pie desgranó diez campanadas, lentas y graves. Allá afuera, los ecos del Big-Ben debieron repetir la hora para todo Londres, sumido en la espesa niebla de la noche.

—Las diez... —susurró Carter, arrugando el ceño.

—Sólo dos horas, amigos —sonrió Omega, contemplando su copa, mediada aún de champaña—. Deberíairme ya...

—Insisto en que te quedes —rogó Carter.

—¿Hasta medianoche?

—Hasta medianoche, sí.

—Bien... —suspiró, acomodándose en su asiento. Vio cómo Bridell llenaba de nuevo las copas—. Es posible que nada os suceda a vosotros. Pero con Zyborg, nunca se sabe. Especialmente, cuando ya me tenga a mí como presa codiciada.

—Aún no te tiene.

—No, pero me tendrá, seguro.

—Si durante tantos siglos lo intentó en vano..., ¿por qué, precisamente, hoy?

—Alguna vez había de ser. Debe tener el arma adecuada. No sé cuál será, pero la tiene. Cuando la utilice, será sobre seguro. El no comete esa clase de errores.

—¡Oh, es desesperante! —golpeó Bridell la mesa—. ¡Estar aquí, y no saber qué hacer, cómo defenderte...!

—Nadie puede hacerlo ahora. Solamente yo mismo. Y no tengo fe en que ello resulte esta vez, ya te lo dije. Recuerda que ninguna violencia termina con mi vida. Ningún veneno, ninguna herida, ninguna guerra, ningún destrozo. Es como dormir un poco. Luego, vuelvo. Sigo siendo el que era. Un día, cualquier día. Pero todo continúa, y nada se ha ganado.

—Lo necesario es que mueras... definitivamente.

—Eso es —asintió Omega—. Sin volver a despertar nunca.

—Aunque te viésemos morir... nos quedaría la duda de, si realmente, dentro de un siglo, de dos, de diez... volverías a la vida, para continuar perseguido por Zyborg, hasta el fin.

—No. No habría dudas. Yo sabría... yo lo diría en el momento supremo —sonrió Omega, con grave entonación—. Dios quiera que sea así, amigos míos.

Bebieron en silencio. El clima era tenso en el gabinete. Claire se puso en pie. Caminó hasta la repisa del hogar, sobre los leños. Contempló, pensativa, la figurilla egipcia sobre la repisa, con su Cruz Ansata en los dedos. Era una fiel reproducción de la gran estatua dorada del museo. Y conservada, como la original, en la tumba de aquel Faraón egipcio. Un valioso obsequio del Museo Cromwell a su mejor colaborador y experto, Carter Bridell.

Jugueteó con la estatuilla, pensativa. Trataba de pensar algo, pero no era cosa fácil. Sólo le acudía a la mente la idea obsesiva de que faltaban menos de dos horas para el final. Un final que no podía ser más siniestro ni amenazador para todos.

—Me pregunto cómo empezará todo... —musitó, tras un silencio prolongado.

—No es difícil imaginarlo —habló Omega—. Llamarán a la puerta. Será un caballero con aire respetable. Zyborg, dentro de su actual envoltura humana.

—¿Y...? —se volvió lentamente Claire hacia él, con la figurilla egipcia entre sus dedos crispados.

—Y se enfrentará a mí. Si todo fuese normal, no temería nada. Yo vencería.

—¿Por qué no va a ser normal esta vez?

—No lo sé. El lo dijo. Y no mentía. Tiene algo. Algo más...

—¿Qué puede ser ello? ¿Qué clase de arma hará vulnerable su mente? —indagó Bridell, nervioso.

—Tampoco lo sé. Zyborg no me deja penetrar en sus pensamientos. Es demasiado astuto para eso. Controla muy bien sus ondas mentales.

—Es la situación más horrible y disparatada que nadie pudo jamás imaginarse —comentó Claire, irritada, paseando por la estancia—. Creo que terminaré enloqueciendo...

—Debe serenarse, amiga mía —suspiró Omega—. Se han cruzado en mi camino, y me alegro de ello, porque he podido devolverle la posibilidad de ser feliz junto a su amado Carter. Pero eso es lo único bueno que pude hacer por los dos. Esto no va a resultar agradable. Cuando Zyborg me haya vencido, yo... yo seré una marioneta en sus manos, algo así como un robot o un zombie viviente. Mi cerebro y mis pensamientos serán suyos. El tendrá todo el poder imaginable.

—No me importa que yo peligre —declaró Bridell—. Pero Claire debería de...

—No —cortó ella tajante—. No me iré. Recuerda una cosa, Carter. Soy la persona que, tal vez, tenga en sus manos la vida o la muerte, no sólo de Omega, sino de la Humanidad misma, a más corto o largo plazo...

Y depositó la figurilla egipcia en la chimenea, con ojos perdidos en el vacío, con el rostro ensombrecido por una idea fija.

—¿Eso es cierto, Omega? —dudó Bridell, pestañeando.

—Sí, Carter. Es cierto. Es ella, no tú. Tú eras el vehículo que conducía a Claire. Y Claire es la persona que mi instinto me dice que puede inclinar la balanza final. Pero... ni ella ni yo sabemos cómo.

—Y sólo tenemos una hora y algo más para pensar, para buscarlo —se exasperó Carter.

—Yo llevo todo el día pensando —suspiró Claire—. Y no he logrado nada, querido.

Omega no dijo nada. Se limitó a retrepase en el asiento y fumar en silencio. Tomó un sorbo de champaña. Meditaba, calmoso, sereno.

Quizá era el más tranquilo, el menos nervioso de todos.

Porque sabía que nada ganaba desesperándose. Porque sabía que no estaba en su mano sino una sola cosa.

Esperar.

Esperar lo peor.

* * *

La espera se agotó.

El reloj empezó a dar los cuartos. Dio un respingo de sobresalto Bridell. Claire miró angustiada a las agujas coincidentes en la esfera, sobre la letra X y las dos íes de la cifra doce.

Era medianoche. En punto.

Al sonar el último cuarto e iniciarse las campanadas majestuosas y solemnes, sonó el suave campanilleo de la puerta de entrada.

Aunque el gabinete estaba cerrado y ardía el fuego en la chimenea, un soplo helado pareció barrerlo todo. El escalofrío alcanzó a los tres.

—Han llamado... —jadeó Bridell, lívido, poniéndose en pie.

—Es él, Zygorg —asintió Omega.

Claire se mordió el labio inferior. Estaba pálida, pero serena. Sus ojos tenían un extraño brillo febril. Algo la dominaba. Quizá una fría determinación. O acaso era sólo el saberse impotente para evitar lo inevitable.

Cruzó la salita. Salió al vestíbulo, pese a que Bridell quiso evitarlo. Esa noche no había servicio en la casa, por deseo expreso de Carter. La oyó abrir la puerta. El soplo gélido aumentó. Las llamas chisporrotearon sobre los leños de la chimenea.

—Le estábamos esperando —dijo la voz helada de Claire, para asombro de Bridell, e incluso del propio Omega—. Entre, Zygorg. Creí que vendría solo...

—¿Solo? —repitió Omega en un murmullo. Cruzó una mirada perpleja con Bridell, y aplastó su cigarrillo en el cenicero—. ¿Qué significa esto?

Carter, tenso, se encogió de hombros. Claire reapareció totalmente serena, llena de una calma y un sosiego absolutos, que contrastaban extrañamente con la tensión de los demás.

—Significa que no quise visitarles en solitario —rió la fría voz del envoltorio humano que utilizaba Zygorg para aparecer ante ellos. Y se mostró en el umbral... con una mujer.

Una mujer alta, envuelta en una capa oscura, de cuello subido. Con una pámela de anchas alas, también oscura. Y con un velo color humo, denso, envolviendo su rostro, que era sólo una leve mancha difusa, tras el tejido. Unos guantes negros ceñían sus manos, esbeltas y de largos dedos.

Zygorg se inclinó ante los dos hombres que le aguardaban. Su sonrisa era glacial, dominadora.

—Caballeros —susurró—. Es un placer ver que me esperaban. Supongo que no desearás brindar conmigo, Omega...

—¿Por qué no? —serenamente, el Inmortal tomó otra copa de la chimenea. Rozó la estatuilla de la figura egipcia, con su Cruz Ansata, y la miró con un pestaño, estremeciéndose levemente. Luego fue a la mesa, puso allí la copa y la medió de champaña. Puso también líquido espumoso en su copa. Dejó la botella, y tras una vacilación, señaló a la enlutada—. Zygorg, ¿la dama... bebe también con nosotros?

—¿Por qué no? —sonrió Zygorg, mientras ella asentía con su velada cabeza.

—Si. ¿Por qué no? —terció Claire inesperadamente.

Y adelantó su propia copa tomando la de Bridell también. En ésta puso champaña para sí. Tendió su copa a la desconocida, que vaciló, pareciendo echarse atrás instintivamente. Pero al final, alzó la mano enguantada, tomando con lentitud el recipiente.

Zygorg arrugó el ceño, clavando sus ojos ardientes y taladrantes en Claire Castle. Ella se mantuvo indiferente, hermética, como si todo aquello, en vez de impresionarla, la dejase fría y desapasionada. Bridell la miró de soslayo, con aturdimiento.

—Por nosotros —dijo Claire, altiva.

—Por el nuevo Inmortal —sonrió Zygorg, agresivamente, alzando su copa—. Usted debe entenderlo, señorita.

—Creo que lo entiendo —Claire chocó la copa con Zygorg. Y con

Omega. Luego, también con la dama del rostro oculto, ante la perplejidad mutua de Bridell y del Inmortal—. Por todos, señores. Especialmente por aquellos que ya están por encima del Tiempo, el Espacio, la Vida o la Muerte.

Bebió. Y tiró la copa al suelo, quebrándola. Se hizo un silencio tenso. Zymborg parecía algo desorientado por la actitud extraña de Claire Castle. Y hasta Omega parecía estarlo también. Pero una luz esperanzada brillaba en sus pupilas pensativas.

—Bien, señores —habló Zymborg lentamente, olvidándose de Claire otra vez—. He venido a recoger lo que me pertenece.

—¿Y es...?

—Tu cerebro, Omega. Tu mente. Tu vida. Tu eternidad entre los vivos. Tu poder superior. ¡Todo es mío ya!

—Falta que lo obtengas —sonrió Omega, encerrando sus circuitos mentales inmediatamente, entre las murallas invisibles de un perfecto bloqueo cerebral, que era su arma de siempre contra el enemigo de siglos.

Rápido, Zymborg alzó el velo a su dama. Y anunció, con voz maligna:

—Espera, amigo... ¿Recuerdas a esta dama que me acompaña?

Claire vio la reacción de Omega. Comprendió, como Bridell, que martilleado su cerebro por el impacto de un arma imprevisible, todo bloqueo mental se diluía, resquebrajándose sus defensas de siempre.

—¡Dios mío! —aulló el Inmortal, mirando con ojos desorbitados el rostro de la dama—. ¡EVA!

CAPITULO IV

Eva...

Ella, la amada de otro tiempo...

Claire contempló el rostro bellísimo, radiante, los ojos hermosos, profundos, enamorados...

Las manos de Eva se tendieron hacia Omega. Su voz susurró, cálida:

—¡Amor mío...! Al fin juntos... para siempre. Los dos...

Omega estaba vencido. Las ondas mentales de Zyborg penetraron en su cerebro, barriendo toda defensa, toda resistencia... y acercándose más y más a la zona-clave, donde se albergaba el pensamiento de la Vida y de la Muerte.

Claire se cruzó en el camino de la hermosa Eva hacia su amado. Omega, fascinado, alargaba sus brazos, como en éxtasis, hacia la dama.

Claire aferró las manos enguantadas de Eva, inesperadamente. Tiró de los guantes.

Unas manos que no eran sino hueso y piel grisácea, aparecieron a la luz. Eva gritó. Su rostro empezó a descomponerse, a hacerse grises cenizas, a volatilizarse, entre jirones de piel reseca, entre mechones de grises cabellos lacios, muertos.

Los ojos se hundieron en las cuencas oscuras, repentinamente vacías...

Un clamor horrorizado brotó de labios de Bridell, del propio Omega. Y Claire, rápidamente, tomó en sus manos aquella estatuilla de la chimenea, la alzó, señalando con la Cruz Ansata de oro hacia Zyborg, hacia el espectro horripilante de la que un momento antes fuera hermosa Eva... Y hacia Omega también.

Los labios de Claire se abrieron. La voz que brotó de ellos, para estupor horrorizado de Carter Bridell, no fue la voz de Claire.

—Tuviste razón, mi amor... Omega, cumples tu promesa al fin... Vienes a mí... A tu Eva amada, a la auténtica Eva que te espera más

allá de la humana podredumbre y más allá de donde termina y muere lo material. Ven, Omega, mi amor... Ven adonde te espero. Para siempre unidos esta vez...

—Claire... —susurró con voz rota el Inmortal—. Claire, entiendo. . Usted... Usted lo ha logrado... Eva... habla ella por usted... Y ella lo hizo. Sí, amigos, adiós al fin... Este sí es el descanso eterno. ¡Eterno!

Y en el gabinete, ocurrió algo alucinante.

Zyborg, la espectral mujer de esqueleto cubierto de grisáceos jirones humanos, y el propio Omega, parecieron estallar en un caos informe de luz, en un destello cegador, que arrojó violentamente, contra los muebles, derribándolos junto con la vajilla, las copas y botellas, a Carter Bridell y a Claire Castle.

Luego, ambos se hundieron en una sima de oscura inconsciencia, de absoluta ausencia de sentimientos.

Y todo terminó.

* * *

—Claire... Claire... ¿Estás bien?

—Carter, cariño...' Creo que sí. Me encuentro bien. . ¿Y... tú?

—Ileso. Pero con la mente convertida en un torbellino. No sé nada, no entiendo nada.

—Será difícil saber, entender... —suspiró ella, mirando a la luz del nuevo día, rota la neblina de la noche. Y con un agradable sol dorando los arbustos del jardín de la clínica—. No necesito estar aquí, Carter. ¿Por qué me has hospitalizado?

—Tuve miedo. Cuando... Cuando todo hubo acabado, temí que las cosas volvieran a ser como antes.

—¿Y... no lo son? —tembló la voz de Claire.

—No, por fortuna, algo no ha cambiado después de todo aquello. Eres la misma de anoche, Claire. Ni rastros de tumor alguno, ni peligro ninguno sobre tu vida. Es maravilloso, Claire, mi vida.

—Maravilloso, sí —entornó, radiante, sus ojos—. Querido, tenemos que agradecer mucho a Omega...

—Omega... ¿Existió alguna vez, Claire?

—Por supuesto que existió, Carter. Lo sabemos mejor que nadie. Pasó por nuestras vidas, y nos dejó su huella maravillosa de bondad, de poder.

—Claire, ese hombre... ¿dónde estará ahora? —musitó Bridell, mirando al exterior, en un vano afán, acaso, por hallar el rastro del hombre que pasó por sus vidas y se evaporó para siempre.

—Donde él quería estar. Junto a ella. Y para la eternidad. Yo lo hice, como él dijo. Pero no me remuerde la conciencia. No acabé con su vida. Le di la que él quería; acaso la vida que vale la pena esperar.

—Claire, nunca entenderé lo que sucedió... Aquella horrible mujer que trajo Zyborg...

—Un espectro. Materializó a Eva, la amada de Omega. Pero ella, la auténtica Eva, no quería ser materializada. Ella es ya espíritu, como todo el que muere. La envoltura física ya no cuenta, no es nada. Se pudre en la tierra. Yo hice lo que ella me decía.

—¿Ella? —'gimió Carter—, ¿Quién? ¿Eva?

—La auténtica Eva. La inmaterial, espiritual Eva. Su alma. O como llamemos a aquello de nosotros que asciende a otro mundo mejor, después de morir. Eva llegó a mí anoche. Lo sentí. Noté el cambio. Eva era yo misma. Me dijo cuanto debía de hacer. Me anticipó al plan diabólico de Zyborg, que sabía que la presencia física de Eva provocaría una crisis tal en su adversario, que el bloqueo mental se rompería, dejándole vulnerable a su poder cerebral.

—Y entonces... todo se borró. Desaparecieron. Cuando recuperé el conocimiento, estábamos solos, rodeados de vidrios rotos, de muebles caídos. De ellos, ni el menor rastro.

—No. Se fueron a la eternidad. Todos, Carter.

—¿Todos? ¿Incluso... Zyborg, el ser de otra galaxia?

—Incluso Zyborg —asintió ella—. Se fueron. Porque en aquel momento, cuando Eva me señaló cuál era el modo de demostrar la podredumbre de un simple cuerpo humano, y yo toqué la falsa apariencia física de ella, haciendo que el poder espiritual de ella destruyera la ficción, Zyborg estaba ya metido mentalmente en el cerebro de Omega, buscando la inmortalidad, el gran secreto... Y al decirme Eva cómo podía ser destruido su amado, cómo podía hacer desaparecer del mundo de los vivos a Omega... también destruí el cerebro de Zyborg, mezclado con el del Inmortal. Y recuerda que

Zyborg era poco más que pura inteligencia. Destruída su mente, se destruía él. Eso es lo que sucedió. Y fueron a parar adonde todo es realmente eterno y duradero: la muerte.

Hubo un profundo silencio. Bridell se frotó los cabellos, cansadamente.

—¡Dios mío...! Eva te eligió a ti.

—Nunca sabremos qué es lo que sobrevive al ser humano, Carter. Sea cual sea el poder de su alma, puede actuar sobre aquellos que ama. Ella vino a mí en espíritu, y me iluminó el camino de la victoria. El camino de la salvación para su amado.

—Y tú... tú te limitaste a señalarles... con aquella estatuilla, lo recuerdo...

—Es el símbolo de lo que está más allá de la vida y de la muerte. La Cruz Ansata, Carter... Eva sabía que ese signo marcaría el destino de ellos, su final... Y el principio de una nueva vida mejor para los que se amaron más allá de la propia muerte.

—Hermoso final para una horrible historia. Y no podemos referirla a nadie, Claire. Nadie nos creería tampoco...

—Claro que no, querido. No hace falta contarla a nadie en absoluto. Es nuestro propio secreto. El de nuestras vidas, que a ellos se deben ahora... porque un hombre que fue inmortal, nos concedió esta felicidad de ahora.

—Claire, nunca sabremos qué es la inmortalidad. Ni cómo la obtuvo Omega. Ni de quién...

—El calló voluntariamente todo eso. Se llevó el secreto a la tumba. Y es mejor así. No creo que hombre alguno sea más feliz precisamente, disfrutando de vida eterna. Ya viste el ejemplo en él.

—Pero, Claire, si dos seres que se aman fuesen inmortales...

—Estarían luego los hijos, los nietos, los amigos. Ellos morirían, y nosotros seguiríamos, envueltos en el dolor y la amargura de ir perdiéndolos a todos. No, Carter. Es mejor así. Creo que la vida debe terminar, y así uno le concede su verdadero valor a las cosas. La Creación es sabia. Deja que todo siga tal como es.

—Mientras monstruos de otras galaxias no vengan a alterar nuestro modo de vida...

—Zyborg ha muerto también. Será difícil que otra materia como la suya llegue a la Tierra, puesto que hacía siglos y siglos de su llegada aquí, y no había más extraño que él. Por tanto, confiemos en que, si un día llegan visitantes de otros mundos hasta nosotros, sean seres pacíficos y amables, cuya inteligencia esté al servicio de la convivencia y del amor, no del odio, la crueldad y el afán de poder.

—«Sí, Claire. Esperémoslo... —la rodeó con sus brazos—. Entretanto vivamos ahora para nosotros. Seamos felices. Y demos gracias al buen amigo que nos ayudó a serlo.

—El sabe que nunca le olvidaremos. Nunca —suspiró Claire, pensativa.

* * *

Sí. Acaso allá, en la eternidad, un hombre que deseó morir, supiera que nunca iba a ser olvidado por aquellos que le conocieron y le ayudaron a reunirse con su amada.

Acaso, a fin de cuentas, junto al alma de Eva, que fue el crisol purificador de aquella noche dantesca, el alma de Omega viviese la eternidad de un amor más allá de lo humano y lo perecedero, como es el verdadero amor.

Y allí, en el mundo de los vivos, dos seres enamorados y felices supieron lo que vale amarse y estar unidos. Aquí, y en otra vida más prolongada, donde lo material no tenía tanto valor como se había pensado.

Omega, el hombre que murió mil veces, había muerto su mil y una vez.

La última. La definitiva. Sin regreso.

F I N

(1) Oliver Cromwell. Politico inglés. (1599-1658) Se enfrentó al rey, condenó a muerte a Carlos I de Inglaterra, proclamó la república y se hizo nombrar dictador.

(1) Nombre familiar, afectuoso, que se da habitualmente en Inglaterra a los policeman, y que incluso se lesa a mencionar en publicaciones y periódicos, sin que posea nada ofensivo en su intención.

(1) Guerras entre Roma y los pueblos samnitas, unos cinco a tres siglos antes de Cristo.